ARCHIVO DE

JOAQUÍN DICENTA

El crimen de ayer

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by Joaquín Dicenta, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
554

EL CRIMEN DE AYER

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL CRIMEN DE AYER

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 18 de Febrero de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1908

A María Guerrero

Joaquín Dicenta.

722950

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN	Sra.	Guerrero.
IRENE		Roca.
MARGARITA		Salvador.
PEPA	Srta.	Cancio.
CELESTE	Sra.	Bofill.
JUANA	Srta.	Herráiz.
JULIÁN	Sr.	Díaz de Mendoza (M.)
MARIANO		Codina.
PEDRO		Cibera.
RUDERICO		Santiago.
ANGEL		Allen-Pebkins.
MANUEL		Guerrero.
IGNACIO		Berengueb.
MENÉNDEZ		Vargas.
SOTO		Juste.
EL CONDE		Cayuela.
EL MARQUÉS		Medrano.
CABALLERO 1.º		Urquijo.
IDEM 2.º		Covisa.

Varios personajes secundarios

ACTO PRIMERO

El teatro representa la habitación en que tiene Mariano su taller de pintor.

El fondo estará constituído por dos ventanas de cristales que dan sobre un tejado.

En el espacio de pared que separa las dos ventanas, colgarán una guitarra, un sable de caballería, un gorro turco, una escopeta de chispa, una espingarda, una daga y un puñal de Albacete. A la derecha del fondo habrá un maniquí con varios pingos de colores puestos sobre él á usanza de vestimenta árabe.

Delante de la ventana de la derecha, recibiendo la luz de ésta sesgada, habrá un caballete. Sobre el caballete un lienzo, apenas esbozado, indicando dos ó tres figuras de mujer y un fondo de marina.

Junto al caballete una silla de tijera, encima de ella una paleta, pinceles y varios botes de color. Al pie de la silla un cacharro limpia pinceles.

En el fondo, á la izquierda, una mesa de comedor abierta, á la que faltará uno de los tableros. Al lado suyo un biombo.

Colgados de las paredes y puestos de frente ó de revés contra ellas, estudios, bocetos, apuntes, cuanto representa el trabajo de un pintor, sin bienes de fortuna, que comienza el oficio; dos de estos lienzos estarán sujetos á tableros estrechos y largos. Uno de los lienzos representará un busto de hombre á medio concluir.

En primer término, á la derecha, un diván persa en muy mal uso. A la izquierda, en primer término también, un sillón de cuero maltratado. A tenor del sillón y diván el resto del mueblaje.

Una puerta á la derecha y dos á la izquierda. La de la derecha supone comunicar con la de la calle. Las de la izquierda, la de primer término con las habitaciones de la casa: la de segundo con la cocina, de la misma.

Encima de un mueble cerca del biombo, un cesto de flores: rosas, claveles, pensamientos...

Al levantarse el telón aparece en escena Irene. Vestirá túnico griego y calzará sandalias. Irá peinada á la griega y adornará cabellos, brazos y busto con flores. Al cuello un gran collar de aljófares.

Apenas alzado el telón suena el timbre dentro.

ESCENA PRIMERA

IRENE y PEPA

IRENE (Al oir el timbre) Empujen; está abierto. (Queda mirando hacia la puerta de la derecha en la cual aparece Pepa.)

PEPA (Desde la puerta.) ¿Estorbo?

IRENE Pasa. Venus te permite pasar. Entra en el templo, chica. Aquí donde me ves y mientras pinta Mariano su cuadro, soy la propia Venus.

PEPA ¡Una diosa!... ¡Cualquiera se arrima hoy á tí!

IRENE ¡Bah!... Venus era una diosa muy corriente; como quien dice, de las nuestras.

PEPA ¿Eh?

IRENE Eso sí, ¡guapísima!

PEPA También eres tú guapa.

IRENE Cuando Mariano me toma de modelo para representar á Venus, algo tendré suyo. En lo que no igualo con Venus es en ropa y adornos. Mi túnico está llenito de zurcidos y las perlas... Las perlas son aljófar. Los pinceles de Mariano lo arreglarán. ¡Hay en el mundo tantas Venus gracias á la pintura!... Siéntate, mujer. (Pepa lo hace.) No estés ahí como un pasmarote. ¿Y tu viajante?

PEPA Llega en el primer tren. Aquí tengo el parte. (Enseña uno á Irene.) A eso vine. A decirte que llega.

IRENE Sea enhorabuena. Mariano se está acabando de vestir. Me alegro de que tu Pedro llegue. Comerá con nosotros. Asistirá al banquete conque celebramos la segunda medalla. ¡El gran banquete, criatura! Tal vez falten pla-

tos, pero no faltará alegría. Tú haces el arroz; sabes que quedamos en ello. Yo haría un zancocho.

PEPA Vendré á hacer el arroz y tus convidados se lamerán de gusto. En punto á cocina, no hay quien me eche la pata. Ya lo dice mi Pedro: «Si por algo te quiero, *noya*, es por tus guisos y por lo bien que planchas las camisas».

IRENE Es mucho hombre tu Pedro; y tú mucha mujer. Como no descuides las planchas las cacerolas, acaba casándose contigo.

PEPA No te diré que no. ¿Y son muchos los convidados?

IRENE Margarita, Angel...

PEPA ¿El músico? Habrá que ponerse los trapitos de cristianar. Ella traerá los brillantones; ¡gasta un lujo!

IRENE Su trabajo le cuesta.

PEPA ¿Trabajo? Ocho ó diez canciones por noche en el Ideal Sicalíptico. ¿A esto llamas trabajo?

IRENE No todo son canciones. Menos mal si los brillantes duran.

PEPA Margarita es todavía joven.

IRENE Lo propio digo yo de mí. Todavía soy joven.

PEPA Tú eres diferente.

IRENE Yo no preciso los brillantes; con el querer me basta. ¡El querer!... Cuando me haga vieja, ¿en quién voy á encontrarlo? ¡Ptchs!... Tengo veinte años. A los treinta y cinco van quince. Luego Dios dirá.

PEPA Mariano...

IRENE ¿Mariano?... Los artistas son muy veletas y se pagan mucho de la forma. A los treinta y cinco años ni para modelo sirve una. Venus, la diosa del amor, nunca representa treinta años. Sabe lo que hace.

PEPA También Mariano irá para viejo contigo. Antes que tú, puesto que tiene más edad.

IRENE Tiene talento y tendrá nombre. El talento y el nombre son juventudes que no acaban. Las mujeres siempre gustamos de ellas.

PEPA Déjate de cavilaciones.

IRENE Verdad. Mariano me quiere, yo le quiero. Será un gran pintor. Estaré con él mientras lo desee. Después... venga el después como haya de venir. Y mientras viene, ¡viva el hoy!... También comen con nosotros Carmen y Julián.

PEPA ¡Qué chica más simpática! El es muy formal.

IRENE Demasiado formal. Los jóvenes con seriedad de viejos, son mala cosecha.

PEPA El chiquillo es un ángel.

IRENE Un encanto. ¡Pobrete!

PEPA ¿Pobrete?... ¿Y eso?

IRENE ¿Qué sé yo? Las que viven como nosotras, no deben tener hijos.

PEPA ¿Te disgustaría uno de Mariano?

IRENE ¿Un rorro suyo? Loca iba á volverme. Sigo con la lista de los convidados: Angel, Margarita...

PEPA Ya están.

IRENE Ruderico y Celeste...

PEPA ¿Los habéis convidado?

IRENE Se han convidado ellos.

PEPA Valientes estantiguas. (Entra por la primera puerta de la izquerda Mariano, con traje de calle y un sombrero flexible en la mano ó puesto.)

ESCENA II

IRENE, PEPA y MARIANO

MAR. Gran Pepa, muy felices. (A Irene.) ¿Le has tomado cariño á la ropa helénica, Irenilla?

IRENE ¿Tan mal te resulto?

MAR. Adorable. Ya sabes que lo estás. Porque lo sabes no, te has quitado el túnico. Si tuvieras feos los brazos y las piernas, no los enseñarías. Como son de primer orden, al aire con ellos; ¡de primer orden!... ¡Una segunda medalla te lo jura! (Cogiendo un brazo de Irene y besandole. A Pepa.) Con permiso. (A Irene.) Ahora, madre Venus, conviértete en simple mor-

tal y pásate por la cocina á ver cómo sigue el almuerzo.

PEPA ¿Sabe usted que Pedro llega hoy?

MAR. ¿Viene hoy el anticuario insigne? En palmas lo recibiremos. Comerá, comerán ustedes aquí. A propósito, él, que es aprovechado, puede hacer un negocio mientras almorzamos.

IRENE ¿Un negocio? Diga usted pronto cuál.

MAR. Comprar á Ruderico y á Celeste en lo que valen—cuatro perras chicas—y revendérselos á un inglés, en clase de imágenes siclotreceñas. Ganancia segura para Pedro y para nosotros. Pedro sacaría los cuartos al inglés; el inglés se llevaría las imágenes á Inglaterra y no volveríamos á verlos más. ¡Qué par de mamarrachos! A más envidiosos y sucios: con roña en la carne y en el espíritu.

IRENE ¿Por qué los recibes entonces?

MAR. Porque decoran el estudio. Anda esto mal de adornos: Celeste y Ruderico, á media luz y calladitos, parecen tallas góticas.

IRENE ¡No pides nada!... ¿Calladitos? Cuando no hablan dicen versos, versos suyos, de esos que ni suenan bien ni los entiende nadie.

MAR. Ahí está su mérito: en que no los entienda nadie. Versos para tres ó cuatro iniciados, no para el vulgo indigno. Ruderico y Celeste son criaturas de elección, espíritus superhumanos...

PEPA Que le piden un duro al lucero del alba.

IRENE Y que no se lo devuelven nunca.

MAR. Es en lo único que coinciden con casi todos los mortales. Ea, voy á ver si encuentro una langosta.

PEPA ¿Una langosta?

MAR. Sí, señora; una langosta enorme. Necesito que sea enorme. A ser posible ello, monstruosa. La langosta es una de mis múltiples debilidades. (A Irene.) Hoy la tendremos en nuestra mesa enterita, es decir, enteraza. Basta de gramos y raciones. (A Pepa.) Una ola de la Borrasca que vendí hace tres días, trae á mis playas el crustáceo. (Sonando en el

bolsillo un puñado de duros. A Irene.) Me harás el obsequio de no estropear el traje á la langosta. Déjala vacía, pero no rompas la armadura por si tengo que pintar naturaleza muerta. Quién sabe cómo vendrán las cosas y si después de hacer arte para el Jurado tendré que hacer marisco para cualquier bodegonero.

IRENE ¡Qué simplezas hablas!

MAR. En peores se han visto mis pinceles. Hay que vivir. Ya sabes mi divisa: *Primo vivere et deinde medallizare.* Antes de ser rey de Suecia Bernardotte, mondaba patatas. Aspiro al trono de la gloria, pero hasta que halle oportunidad de sentarme en él, mondo las patatas que se tercien. Prefiero ganar los duros á pedirlos prestados como Ruderico.

PEPA ¿Pondrán ustedes la mesa en el estudio?

MAR. ¿Dónde si no?

IRENE El comedor es una cajita de pasas. Y gracias que Carmen me presta su vajilla, no voy á ser el movimiento continuo de la cocina al fregadero. Tenemos pocos platos.

MAR. Pocos y todo, algunas veces han estado de más.

IRENE Cierto. Algunas veces nos hemos desayunado con eso, con nada entre dos platos.

MAR. Entre dos besos, nena.

IRENE ¡Estúpido!... (Con cariño) Anda por la langosta. El recuerdo de aquellas hambres me ha abierto el apetito.

MAR. A desquitarse tocan. (A Pepa.) Advierto á usted que Julián regala los vinos. ¡Burdeos, Champagne, Manzanilla, Jerez!... ¡Una orgía! A los postres os soltaréis el pelo y os declararemos bacantes.

PEPA ¡Cómo vacantes!... ¿Nos van ustedes á plantar?

MAR. No, Pepa. Bacantes con b larga. Curdas mito lógicas.

PEPA Respiro. Con estos hombres siempre se está en un ¡ay!

MAR. Tenemos quien nos sirva á la mesa.

IRENE ¿Piensas traerte á los camareros de Lhardy?

MAR. Las olas de mi Borrasca, no suben tan arriba. Julián me presta su criado. El que le sirve en el cuarto de soltero, donde vive Julián para su familia y para las personas graves. Julián es inmenso. ¡Un hombre con dos casas!

IRENE Y con dos caras, una para cada domicilio.

MAR. Vaya, vaya. Hasta luego. (Sale Mariano por la derecha.)

ESCENA III

IRENE, PEPA, MARIANO y CARMEN dentro

IRENE Voy á cambiar de ropa. Aquí mismo, detrás del biombo. (Pasa detrás del biombo.)

MAR. (Dentro.) ¡Hola, vecina! ¿Y esa gloria de chico?... Ahí dentro las tiene. Pase usted.

CAR. (Dentro.) Adiós.

PEPA Carmen. (Entra Carmen por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

CARMEN, PEPA, IRENE

CAR. ¿Se puede?

IRENE (Dentro.) ¡No se va á poder!... La que no puede deshacer este nudo soy yo.

CAR. (Entrando.) Por mí no te des prisa.

IRENE Al instante concluyo. Desde aquí oigo y charlo también. ¡Digo si charlo! Hasta la presente soy la única. (A Carmen.) ¿Traes al chiquitín?

CAR. Durmiendo lo dejé. Al cuidado de la muchacha. Si hago falta ella me avisará.

IRENE Lo que vas á hacer es subirlo. Te necesito para improvisar el comedor; y cuando estás lejos del chiquillo no das pie con bola.

PEPA ¡Qué ojos tan picarillos tiene! Y qué sonreir tan dulce el suyo. Por supuesto, es la cara del padre. Menos en la risa, se le parece en todo. Su padre ríe poco.

CAR. Cuestión de carácter.

PEPA Cada cual tiene el que Dios le ha dado, y no por ello es mejor ni peor. Pedro y yo por cualquier cosa nos reímos. Siempre estamos alegres.

CAR. ¡Es tan hermosa la alegía!

IRENE (Dentro.) Dilo á voces.

CAR. Yo de muchacha reía y cantaba á todas horas. Al presente, ya me oís con el niño. El ríe mucho y yo río con él. (Irene sale de detrás del biombo con un trajecillo de casa, modesto, pero de sencilla elegancia.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE y PEPA

IRENE ¡Viva la risa!... Hay que reir todos los minutos del día.

CAR. Si fuera posible.

IRENE Mientras se es joven hasta el llanto debe ser entre si lloro y si me río, con arco-iris. ¿Quién me ayuda á acercar la mesa? (Carmen y Pepa se levantan.) ¿Las dos? Una basta. (A Carmen.) Ven. (A Pepa.) Tú, prepáranos el tablero. (Carmen é Irene acercan la mesa á primer término derecha.)

PEPA ¿Dónde está?

IRENE (Dentro.) Junto á la ventana. Convertido en caballete. ¿Sabes cuál digo? Ese.

PEPA Sí, sí. (Cogiendo el tablero que indica Irene. La colocación de la mesa se hará mientras el diálogo continúa. Los manteles, platos, etc., se sacan de detrás del biombo.)

IRENE Quítale el lienzo.

PEPA (Entregando el tablero á Irene.) Ya está (Poniéndose á quitar el lienzo del otro tablero.) ¿Quién es este tío tan feo?

IRENE Un Mecenas que nos salió de golpe. Ahí donde le ves con esa cara y con esas hechuras, quería por cincuenta duros llevarse el retrato suyo y mi persona. Estos Mecenas son atroces.

CAR. ¿De veras?

IRENE Como te lo cuento. Mariano se enteró...

PEPA ¿Y qué?

IRENE Que en vez de dar los últimos toques en el lienzo, se los dió á ese tío en los hocicos. Ya está el mantel.

PEPA Los platos. (Dandole un rimero de platos.)

IRENE Déjalos y escapa por tu hombre.

CAR. ¿Viene Pedro?

PEPA Ya era tiempo. Tres meses hace que se fué.

IRENE ¿A que llegas tarde para el arroz? (Sale Pepa por la derecha.)

ESCENA VI

CARMEN é IRENE

IRENE Las copas. Los cubiertos... A los cubiertos no hay que presentárselos. De buen ahogo me sacas.

CAR. ¡Vaya una cosa!

IRENE No le falta á tu vajilla requisito. Julián es espléndido.

CAR. No me puedo quejar.

IRENE A queja suena tu decir.

CAR. ¿Quejas yo? ¿Por qué? Julián se porta bien conmigo. Mi hijo me hace dichosa. (Coge un jzrrón que habrá sobre el mueble con un ramo de flores.) Pondremos aquí este ramo de flores. (En el centro de la mesa.)

IRENE (Cogiendo también flores.) Las sobrantes las repartiremos por la mesa. (Lo hace.) Y sobran muchas. Has comprado un jardín.

CAR. Es su tiempo y andan baratas. Me gustan con delirio las flores.

IRENE ¡Y á mí!...

CAR. Tenerlas delante de los ojos es tener compañía. A veces cuando estoy sola, hablo con ellas.. Hasta creo que me responden.

IRENE (Enseñando unos pensamientos.) Los pensamientos parecen hombres enanitos. Tienen carillas de personas. Son encantadores.

CAR. (Cogiendo rosas.) ¡Y las rosas, al cogerlas por la

mañana, llenas de rocío! Algunas mañanas en que he despertado muy triste, fué mi consuelo meter la cara entre las hojas de las rosas. Las gotas de rocío se juntan y caen al largo de los tallos. Diríase que las rosas tienen corazón y lloran con una. ¡Ya estoy diciendo necedades! Bien hace Julián en llamarme romanticona y cursi.

IRENE ¿Te llama eso?

CAR. Hace perfectamente. Hablar así, es decir tonterías.

IRENE ¡Tonterías!... ¡Pobre Julián si no las entiende y si no las comete! La felicidad de los enamorados se forma con tonterías de esas.

CAR. Tal vez.

IRENE Las horas muertas hemos ido Mariano y yo de campo en campo como dos criaturas. El deshojando flores y arojándomelas á la cara; yo arrancando una á una las hojas de las margaritas y preguntándoles. ¿Me quiere? Sí... No... Sí... No... Cuando la margarita acababa en *no*, sentía ganas de arañar á Mariano. Necesitaba él repetir: ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... cien y cien veces, para quitarme el malhumor. ¡Ya ves si es floja tontería!... Pues con tonterías así, hemos llenado de contento muchos días sin pan.

CAR. También deshojé yo margaritas al lado suyo. Hace tiempo. Al principio.

IRENE ¿Hoy no?

CAR. Nos ocupan cosas más serias. El niño á mí. A él su carrera, sus obligaciones...

IRENE ¡Cómo hablas!... ¿Oye, Carmen, se te ha constipado este invierno el cariño?

CAR. Quiero á Julián con toda mi alma. ¡Como antes!... Antes, juzga si le querría que dejé á mis padres por él.

IRENE De bastante sirven los padres si el corazón dice: ¡Allá voy!

CAR. De nada me sirvieron á mí. ¡Pobres padres míos!... No es que me arrepienta. Viviría, he vivido feliz... hasta siendo Julián como es; hasta haciendo como hace casa ajena la casa de su hijo. Otros eran mis sueños...

¡Cuánto me costó acostumbrarme! Me acostumbré. Julián me juraba cariño. Yo necesitaba el cariño suyo. Me acostumbré.

IRENE Y el cariño suyo posees. Hoy más que nunca. Porque tenéis un hijo. Os traerá chochos. Por supuesto, todo se lo merece.

CAR. ¡Hijo mío!... Cuando lo sentí dentro de mí, no pensé en nadie más que en él. Ni siquiera en mis padres.

IRENE ¡Bah!

CAR. Mis padres ignoraban mi falta. Yo seguía viviendo con ellos; viéndome en secreto con Julián. Entonces resolví abandonarlos y marcharme con él. Por el amor de él, dije no. Por el amor de nuestro hijo no dudé un momento siquiera. Cuando nació á mi pecho lo puse. El día primero que salí con él á la calle, en alto lo alzaba para que lo viera todo el mundo. ¡Con qué regocijo enseñé nuestra criatura á Julián! Reía y gritaba lo mismo que una loca. El... Puede que me equivoque... ¡Ojalá Dios me equivocara!... El... ¿Sabes lo que alguna vez imagino?

IRENE ¿Qué?

CAR. Que Julián no quiere á su hijo tanto como yo. No; no es eso; eso sería natural. Que Julián no quiere á su hijo como le debía querer.

IRENE ¿Qué estás hablando, chica?... ¿Es encanto de la vecindad el mocoso, y no va á serlo de su padre? ¿No da Julián pruebas de quererle?

CAR. Sí.

IRENE ¡Entonces!...

CAR. Cuando se acerca á él le acaricia, le besa. Pero le besa como distraído, como si el alma no estuviera en su boca. Sus besos son iguales siempre. Ni un arrebato, ni uno de aquellos estrujones frenéticos que hacen á las criaturas llorar!... A la calle nunca salió con él.

IRENE ¡No seas estúpida!... Julián adora al chico. ¿Qué culpa tiene si no es expresivo su carácter?

CAR. ¡Su carácter!...

IRENE Además los hombres son unos imbéciles. Creen que si gritan y cantan á un mamón, pierden su dignidad. ¡Habrá necios!... Si los hombres supieran que por feos y por antipáticos que sean, resultan guapos y simpáticos cuando acarician á un chiquillo, iban á pasarse la vida haciendo á los rorros carantoñas. (Viendo que Carmen se enjuga los ojos.) ¡Ea! ¿Quieres dejar los lloriqueos é ir por el muñeco? (Coge de sobre la mesa un puñado de rosas y se los echa en la falda á Carmen.) ¡Ahí te van esas rosas! ¿No dices que ellas te consuelan? (Coge las rosas y las acerca al rostro de Carmen.) Cuajaditas se hallan de rocío. Mete entre sus ojos la cara. El rocío cae al largo de los tallos... Te advierto que no son ellas solas las que te acompañan á llorar. También lloro unas miajas yo. (Pasándose por los ojos el dorso de la mano.)

CAR. (Con gratitud.) ¡Irene!...

MARG. (Dentro.) ¡Está abierto!... Colémonos sin que nos anuncien. (Entra Margarita seguida de Angel, por la puerta de la derecha. Margarita será mujer de veinte á veinticinco años é irá ricamente ataviada, con lujo estrepitoso. Angel contará de veintiocho á treinta años y vestirá con descuido artístico.)

IRENE (Con alegría.) ¡Margarita!

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, MARGARITA y ANGEL

MARG. ¡De plomo tiene el sueño este hombre!

IRENE Se dormiría tarde.

ANGEL A las cuatro. Con ésta no hay quien duerma.

MARG. (Recorriendo con los ojos el estudio.) ¡La mesa puesta!... ¡Y allá dentro todos los guisotes en marcha!... ¡Si sabía que llegábamos tarde! ¡Tanto como me entretiene preparar estas cuchipandas! (A Irene.) Sí, hija, me gustan la mar las *juergas* pobres. Estoy hasta los pelos de Lardhy, del Ideal Room, de For-

nos, del Inglés... ¡Uf, qué peste!... Criados que parecen señores y señores que resultan criados. ¡Un fastidio, chica!

IRENE Conque hables así y te aburras entre nosotros hoy...

MARG. ¡Quiá!... ¡Artistas, gente alegre!... Alegre con talento y con gracia, no con patosería como mis *habitués*. En toda la noche he podido pegar los ojos pensando en revolver cacharros y husmear cacerolas y meter las manos en la carbonera.

IRENE De lo último aun tienes ocasión. Abierta de par en par está.

MARG. No es eso. Yo quería matar los pollos, picar la carne, mondar las patatas... recordar mis tiempos de golfa. ¡Sí, sí! Angelito, como si llamaran á un muerto. La pesadez del sueño suyo, me trae siempre con el alma en un hilo. ¡Todo son ajetreos!

ANGEL (Riendo.) No me doy yo pocos escribiendo música para tí y dirigiendo la orquesta en forma que el público llegue á suponer que das notas.

CAR. Sea usted más galante.

MARG. (Riendo.) ¡Déjale!... Mucho le importan al público mío sus notas.

IRENE ¿No?

MARG. Haciendo cuatro batimanes y enseñando las piernas afino yo más que la Patti.

ANGEL No vale confundir las escuelas.

MARG. Cada cual tiene lo que puede. A mí no me enseñaron otra. No todas pueden ser honradas.

ANGEL Perdona. Broma fué.

IRENE Claro que fué broma.

ANGEL Margarita sabe cuánto la quiero.

MARG. A tu modo, sí. Yo te quiero más de verdad.

ANGEL ¡Tontaina!

MARG. (A ellas.) Sin darme cuenta se me ha agarrado este solfista al corazón. ¡Qué demonio! Ser de un hombre con el corazón, es lo mejor del mundo. No me había enterado hasta ahora. (Con melancolía.) ¡El día que te canses de mí, voy á pasar muy malos ratos!

IRENE ¿A que te pones triste?

MARG. ¿Yo?... ¿Imaginas que soy romántica? Margarita, bueno. El Gautier, no reza conmigo. ¿Qué has dispuesto para el gran banquete de honor? Hay que obsequiar al laureado. (Saca del bolso que lleva pendiente de la muñeca un estuche y de este una sortija.) Le traigo esta sortija. (Carmen é Irene se acercan á ver la sortija.)

CAR. ¡Preciosa!

MARG. La puede gastar sin repulgos. Ha pertenecido á un académico de la de San Fernando. El hombre no pinta más que su bigote y su pelo, pero en eso es medalla de honor. (Deja la sortija encima del mueble y comienza á quitarse las prendas que indica.) Fuera sombrero, guantes y todas estas zarandajas. ¿Qué hay que hacer?

IRENE De momento nada. Después me ayudarás. (A Carmen.) Tú, largo por el rorro.

CAR. Bien está abajo con la chica.

IRENE Tú estás mal sin él. Sobre todo, con él aquí te tengo más segura.

MARG. ¡Ande usted!... ¡Ande usted!... ¡A besos me lo como! ¡Es más rico! Voy á comprarle un vestido de encajes mejor que el mejor de los principillos del Ghotta. ¡Vaya si se lo compro! (A Carmen.) No le importe la procedencia del dinero. El chiquillo es un ángel, y los ángeles todo lo purifican.

ANGEL Tienes un corazón que no te cabe en el corsé.

CAR. ¡Qué buena!

MARG. Para usted de non. Elogio á su muñeco.

IRENE Para cualquiera lo eres. ¡Ay, si á todas las mujeres honradas las hubiesen puesto desde chiquirritinas á vender periódicos!

MARG. Yo los voceaba de buten. (A Carmen.) Súbame á escape ese primor. Si llora, las tres lo acunaremos.

ANGEL Y yo le cantaré la *nana*.

MARG. ¡No!... ¡Vaya una voz para dormir niños! Iba á pensar que venía el coco.

CAR. (A Irene.) ¿Dejo abierto?

IRENE (Riendo.) Sí. No vale abusar de la servidumbre. (Sale Carmen por la derecha.)

ESCENA VIII

MARGARITA, IRENE y ANGEL. Al final CELESTE y RUDERICO

MARG. (Por Carmen.) Es mejor que todas nosotras.

IRENE Ya se encargarán de que deje de serlo.

ANGEL ¿Quién? ¿Julián? ¿El grave y correcto Julián?

IRENE Si nosotras hubiésemos encontrado antes lo que hemos encontrado después, quizás no tendríamos después.

MARG. Puede.

IRENE No sé qué ocurre con el hombre nacido para hacernos buenas. Siempre llega tarde. (A Angel.) ¿Qué tal esa obra, maestro?

ANGEL Va.

MARG. La que va á quedar sorda si sigue cantando mientras improvisas, soy yo... ¡Una voz horrible!

IRENE Exageras.

MARG. Una trompa de caza. Los perros de la vecindad ladran al oirle.

IRENE Sí, eres alguien abultando las cosas. Se ve que naciste en Sevilla.

MARG. Y ya se conoce que tú no lo padeces. Cuando apunta las notas altas, no apunta, dispara; y hace blanco. El que anda cerca cae redondo. Eso sí, la partitura es muy bonita. Tengo ansia de que la obra se estrene y el público se rompa las manos aplaudiendo.

ANGEL Veremos si son las botas las que se rompen pateando. En fin, venga el estreno como sea. Rabio por oir mis notas en un teatro de verdad. Porque el Sicalíptico no es teatro: es una tasca con bemoles.

IRENE Poco falta ya. Animo y á concluir la música, y mientras la concluye y vienen los otros, á tomar el aperitivo. (Cogiendo una botella de las que habrá con varias copas encima de un mueble.) Es Cazalla. ¿Sirve?

MARG. (Cogiendo la botella.) ¡Digo si sirve! Con esto me han destetado á mí. (Llenando una copa y

ofreciéndosela á Angel.) ¡Arza, Beethoven! (Angel bebe. Llenando otra copa. A Irene.) ¿Tú?

IRENE Venga. (Bebe.)

MARG. (Llenando otra copa que apura.) Hasta lo último. Las coupletistas no nos asustamos del alcohol. El alcohol no desforma. (Entran por la puerta de la derecha Ruderico y Celeste. El primero vestirá un chaquet en mal uso, de largo faldón; pantalones anchos doblados hacia arriba; zapatos y calcetines de color. Llevará un chaleco cruzado de tonos claros; chalina con lazo enorme y gran sombrerete flexible. Calzará guantes y llevará una flor grande en el ojal Celeste será mujer delgada. Flaca a ser posible. Vestirá traje escurrido. Llevará a la cabeza un sombrero hombruno y estará peinada con «bandeaux» que caerán sobre sus mejillas. Será desmayada en el andar. Apenas entran, Celeste se deja caer en el diván. Ruderico se desploma contra el sillon.)

ESCENA IX

IRENE, MARGARITA, CELESTE, ANGEL y RUDERICO

CEL. Estoy concluída.

RUD. Si la gloria carece de ascensor, la renuncio.

ANGEL (Ofreciendo Cazalla á Ruderico.) ¿Quieres?

RUD. Ah, no. El alcohol me desplace. Todo el mundo se embriaga con alcohol.

IRENE (A Celeste.) Tú tampoco querrás.

CEL. (Sacando una petaquita del bolsillo.) Prefiero mis cigarrillos de opio. (Enciende.) El opio predispone al ensueño. Ensoñar es gozar, vivir.

MARG. Yo pensaba que para vivir y para gozar convenía estar despierta y con los ojos muy abiertos. En fin, allá tú. Eso va en gustos, Celedonia.

CEL. ¡No me llames así! ¡No recuerdes el nombre patronesco que tuvieron la mala ocurrencia de ponerme! Llámame por el nombre de guerra: Celeste.

ANGEL (A Margarita.) Sí, mujer, Celeste. ¿No lo sabes? A este nada de Rodrigo, Ruderico. Entona mejor con su figura y aficciones. Todo gótico; hasta la cédula.

RUD. Mófate. Es tu derecho, como beber Cazalla

es tu sibaritismo. El mío se esparce con sustancias de más exquisitez. (Saca del bolsillo un tubito de cristal y de éste una cápsula.)

IRENE ¿Opio?

RUD. El reinado del opio fino para mí. Fino también el de la morfina. Es el éter quien señorea mis sentidos.

IRENE ¿El éter?

MARG. ¿Pero el éter no es para los ataques de nervios?

RUD. (A Irene.) ¿Y el artista? Supongo que aun habiéndole sido favorable, despreciará hondamente el fallo de un jurado de idiotas; y supongo que despreciará parejamente los elogios del imbécil público.

IRENE El está muy contento.

RUD. Acaso envanecido.

MARG. Como lo estaría usted si le premiaran.

RUD. ¿Yo?... Ah, no.

ANGEL Déjate de farsas. Estamos en familia. A todos nos gusta el aplauso del público. Aparentamos despreciarlo, cuando no podemos conseguirlo.

CEL. ¿Conque salió Mariano?

IRENE Sí.

CEL. ¿A pasear el éxito?

IRENE No, hija. A comprarnos una langosta.

RUD. ¡Una langosta!... ¡Perfectamente!... La langosta es un crustáceo invulgar. La yantaré con gusto. Trae un cigarro, Angel.

MARG. ¿Se le han concluído?

RUD. (Tomando un cigarro que le ofrece Angel y encendiéndolo.) No los merco jamás. El tabaco no me cautiva. Sólo cuando tengo cerca algún fumador, solicito un cigarro. Echar humo es una tarea vaga, que á las veces distrae.

MARG. Si distrae, á comprar tabaco.

RUD. Si lo mercase experimentaría la tentación de fumar á solas, durante mi trabajo; y el trabajo, el noble trabajo del artista, no se debe turbar ni con los humos del pitillo. Al entrar en su estudio, el artista entra en un santuario. Los santuarios no deben macularse.

(Entran por la derecha Mariano y Manuel. El primero con una enorme langosta, que simulará estar viva, en la mano. Manuel será hombre de veintiocho á treinta años. Vestirá pobremente, pero con limpieza.)

ESCENA X

MARGARITA, IRENE, CELESTE, ANGEL, RUDERICO, MARIANO y MANUEL

MAR. (Enseñando la langosta.) ¡Aquí está! Apreciable monstruo, saluda al concurso. Es muy respetuosa. La he domesticado en el camino. (Señalando á Manuel.) También he domesticado á este hurón y os le traigo. El hombre de las selvas, almuerza con nosotros.

IRENE ¿De dónde sale usted, Manuel?

ANGEL Eso digo yo. ¿De dónde sales, beduino? ¿Dónde vives?

MAN. Por la calle de Atocha. (A Ruderico.) Estás aquí, joven marfileño. (A Celeste.) ¡Salud, princesa pálida!... Un siervo de la gleba te rinde su pleite homenaje. (Hace una gran cortesía a Celeste.)

MAR. La langosta os ha rendido el suyo. (Entrega á Irene la langosta.) Echala á cocer.

(Irene sale por la segunda puerta izquierda.)

RUD. (A Manuel.) ¡Por la calle de Atocha! ¡Siempre golfeando! Con esa vida entre rufianes y entre *scortum* no sé cómo escribes.

MAN. Porque yo escribo en cualquier parte. Me bastan un lápiz, un cacho de papel y una idea. No preciso torres de marfil y yunques áureos para la forja del idioma. Trabajo, no oficio. Soy luchador. No presumo de sacerdote.

(Irene vuelve á entrar en escena por la segunda puerta izquierda.)

IRENE Ya está el animal á cien grados.

(Entra por la derecha Carmen llevando en los brazos un niño de pecho que figurará estar dormido.)

CAR. Cúmplase tu gusto.

ESCENA XI

MARGARITA, IRENE, CELESTE, CARMEN, RUDERICO, ANGEL, MARIANO y MANUEL

Margarita é Irene se acercarán á Carmen y contemplan al niño con demostraciones de afecto. Celeste hace un desabrido mohín y sigue donde está

MARG. ¡Dormidito!... (A los hombres que hablan.) Hablen ustedes bajo. ¡Requetepreciosón! Si tuvieras los ojos abiertos, menudos achuchones ibas á recibir.

RUD. (A los hombres, entre los que estará Celeste.) Es bella de línea esa mujer.

CEL. Demasiadas curvas.

MAN. No hay madre fea cuando sonríe á su hijo.

RUD. No vulguees. La fecundidad es repugnante, sencillamente repugnante. El amor, para no perder su belleza, debía ser axexual é infecundo.

MAN. ¡Justo; y á la perpetuación humana que la parta un rayo!

IRENE (A Carmen por el niño.) Lo echaremos en nuestra cama. ¡Y esa Pepa que no viene á poner el arroz!...

(Salen por la segunda puerta izquierda, Carmen, Margarita é Irene.)

ESCENA XII

CELESTE, MARIANO, ANGEL y RUDERICO

RUD. ¡La perpetuación humana! ¡Brava cosa!

MAN. ¿Te parece una pequeñez?

RUD. ¡La humanidad!... Para lo ruín que es ella, podía extinguirse en nosotros.

MAR. ¡Hombre, dejémosla vivir!

RUD. A veces hago votos por un cataclismo universal que sepulte á la especie entera.

ANGEL ¿Te sientes anarquista?

RUD. ¡Ah, no! El anarquismo destruye para volver á edificar, para que los hambrientos coman. Doctrina de mendigos. Destruir por destruir es lo aristocrático. *Nihil.* Ahí tienes mi divisa.

MAR. ¡Soberbio, Ruderico! ¡Tu satanismo esportivo es maravilloso!

(Entran en escena por la segunda puerta izquierda, Irene, Margarita y Carmen.)

ESCENA XIII

CELESTE, CARMEN, IRENE, MARGARITA, MARIANO, MANUEL, RUDERICO y ANGEL. A seguida PEDRO y PEPA

IRENE El niño en la cama y nosotras á dar la mano última al almuerzo.

(Entran en escena por la derecha Pepa y Pedro. Este hablará con marcado acento catalán.)

PED. ¡Salut!...

IRENE ¡Hola! Temí que Pepa llegase tarde por la culpa de usted.

PED. No, señora. Habiendo compromiso yo no me entretengo con nada. Primero que todo la formalidat. (Mirando su reloj.) Tres cuarto de una. (A Pepa.) ¡Hala, despacha! A la cosina, y á poner el arros. Con los arroses no vale jugar. Ya sabes. Veinte minutos de cosimiento y afuera con él.

PEPA En marcha.

IRENE (A Celeste.) ¿Vienes?

CEL. Pues que vais todas, os acompañaré.

MARG. (Bajo á Carmen y por Celeste.) Yo la araño antes de almorzar.

(Salen de escena por la primera puerta izquierda, mientras el diálogo continúa, Margarita, Irene, Celeste y Carmen.)

ESCENA XIV

MARIANO, MANUEL, RUDERICO, ANGEL y PEDRO

MAR. Sentarse donde os dé la gana, mejor dicho, donde podáis; y á tomar el *vermouth*, el ajen-

jo, la manzanilla, el aguardiente. (Indicando las botellas.) Hay de todo. Ruderico, humanízate por una vez. Guarda las capsulitas de éter y bebe como el vulgo.

RUD. Bueno. (Mientras los otros se sirven, Ruderico coge la botella de ajenjo y una copa grande que llena casi completamente.) Porque no lo tomes á desarire, beberé. (Lo hace.)

PED. ¿Bebe así porque no lo tomen á desaire? ¡Pues, hombre, si llega á beber por gusto, me deja sin ajenjo. ¡Caray con el amigo! ¡Ya es bufón el artista!

MAR. Esa batería (Las botellas) y otras que hay detrás del biombo, son cosa de Julián. Sobran municiones. Julián es la esplendidez en persona.

RUD. Justo que pague la honra de tratar con artistas.

ANGEL Si él gasta su oro con nosotros, nosotros gastamos nuestro ingenio con él.

RUD. Es moneda más valiosa la nuestra.

MAN. A ratos. Casi siempre suena á falsa y sólo pasa entre los tontos. Julián no es tonto.

PED. ¡Qué va á ser, hombre, qué va á ser! Un sujeto que heredará y que ha hecho con notas de sobresaliente para arriba la carrera de leyes, ¿queréis que sea tonto? Luego, afisionado á las antigüedades como un inglés de la Gran Bretaña. A mí me ha comprado una ristra. Y no se le engaña con facilidad. Lo entiende, ¡vóto va Deu si lo entiende! En un viaje que hicimos por Castilla la Vieja, descubrió un tríptico que era canela fina, y me lo ganó por la mano.

MAR. Aficionado al arte lo es.

ANGEL Lo prueba su trato con nosotros.

RUD. Nosotros no andamos por el mundo á que pertenece Julián, y no es fácil que vayamos á él para descubrir sus calaveradas. Acaso no sea lo suyo afición, sino táctica.

MAN. Acaso. Estos burgueses son muy precavidos; se ponen antifaz desde que les salen los dientes.

MAR. No hay que murmurar. Gracias á él pode-

mos ofrecer dignos sacrificios á Baco. (Señalando las botellas.)

ANGEL (Llenando una copa.) Sacrifiquemos. (Todos le imitan incluso Ruderico.)

(Entra por la derecha Julián, seguido de Ignacio. Julián vestirá elegante traje de mañana. Será hombre joven, de aspecto reservado y frío.)

ESCENA XV

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, JULIÁN é IGNACIO

JUL. Perdonadme el retraso. ¡He tenido tantas ocupaciones! Entre ellas, revisar mi discurso del doctorado. Lo debo presentar mañana.

PED. ¿Y qué? ¿Salió pulido?

JUL. Pchs... (A Mariano.) Con tu permiso pondré á á éste á la disposición de Irene. (Por Ignacio.) ¿Ignacio?

IGN. ¿Señorito?

JUL. Vé dentro y ponte á las órdenes de la señora.

(Ignacio sale de escena por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVI

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, PEDRO y JULIÁN

JUL. (A Mariano.) De tí no hay que hablar. Madrid entero se ocupa de tu cuadro. Sólo le ponen una tacha.

RUD. ¿Cuál?

JUL. Ser demasiado crudo.

MAN. Que lo frían.

JUL. ¡Cuidado que no soy yo quien pone la tacha. Es la gente.

ANGEL (A Julián.) ¿Tomas una copa?

JUL. En seguida. Pónmela de *vermouth*.

MAR. Hace poco subió Carmen con tu hijo.

JUL. ¿Lo trajo? Pudo dejarlo en casa; los niños siempre estorban.

RUD. Ingratos suelen ser.

ANGEL ¡Qué van á estorbar!

MAR. El día que tenga un chico, lo llevaré en brazos hasta á las sesiones académicas, dado caso que me rematen de académico. Como un lirón duerme el tuyo en la alcoba nuestra. Carmen anda por allá, con las otras.

JUL. (Saboreando una copa.) Respondo de los vinos. Fuí en persona á escogerlos.

PED. ¿Conque casi doctor?

ANGEL Hombre social encasillado.

JUL. Poco falta.

RUD. El día que tomes la borla, máximo banquete.

JUL. Figúrate.

RUD. Procuraré asistir.

PED. (Bajo á Angel.) Cuando se trata de llenar la andorga, este romántico es un sinvergüenza. (A Julián, alto.) De manera que el año próximo á poner bufete, á dar conferencias por ahí.... A hacerse personaje.

JUL. No tan deprisa. Primero ganar la borla de doctor. Después examen general de conciencia. Una vez el barco en franquía haré rumbo.

MAN. Eso es ordenar una vida, y amarrar bien el porvenir. Yo, para lo que dicen vivir práctico, nunca tuve mañana.

ANGEL Gracias que tenga uno hoy.

JUL. Ustedes, los artistas, son muy distintos á nosotros. Nosotros necesitamos ser formales.

ANGEL Os compadezco. En dos ó tres ocasiones he tenido que ser formal y á poco si estallo. La formalidad me produce los efectos de una indigestión. Hablo de la formalidad social. En la vida artística soy formal. El arte merece mi respeto.

MAN. Más que respeto, veneración ha de producir.

RUD. Hay que ser sacerdote.

MAR. Con coronilla y todo.

RUD. Sacerdote augusto, casi incomprensible: vivir encerrado en el templo buscando el alma de las sílabas, dando la sensación microsíquica del idioma, haciendo que sea cada pa-

labra en la oración un rayo de luz. ¡Ah, la esencialización, la orfebrerización de la forma!...

MAN. ¿De ideas ni jota?

RUD. ¿De ideas? ¿Qué son las ideas? ¿Qué importan las ideas? Mi sueño es un poema donde no haya más que sonidos, vibraciones transcritas del éter. Si consiguiera realizar tamaño prodigio, gritaría: ¡Aleluya!...

MAN. Mira, Ruderico, empezaste la vida de escritor, demostrando mucho talento, y vas á acabar en idiota.

RUD. ¡Idiota! ¡Como estás por el arte rudo!

MAN. Estoy por el arte fecundo, por el que pare sentimientos é ideas; por el que hace de la forma vestido espléndido de la criatura, pero no la criatura misma. Vaya al diablo vuestro arte estéril, generación de andrógenos.

JUL. ¡Haya paz!... Coincidan ustedes en el ajenjo.

PED. Yo también coincido. (Llena su copa.)

ANGEL (Llenando la suya de aguardiente.) Yo no. Gasto opinión aparte.

JUL. ¿Qué escribes ahora, Ruderico?

RUD. Un drama.

MAN. ¿Un drama?

RUD. Es decir, un poema escénico.

MAN. ¡Ah!

RUD. Algo nunca visto en los corrales de la dramaturgia vulgar.

PED. ¡Cáscaras!...

RUD. Ha tres meses laboro en él. Ya llevo burilados tres versos.

ANGEL A tal paso, como vivas lo que tarde en acabarse el drama, no hay quien te dispute la inmortalidad.

RUD. Mi propósito es dar idea de la tristeza del asunto por medio del color.

MAR. ¿Del color?

RUD. Ah, sí. El morado es el color esencialmente triste.

MAN. Vaya por el morado.

RUD. La escena se desarrollará en los gradaciones de un crepúsculo vespertino. Resplandores morados descienden de un cielo morado:

morados estarán árboles y plantas; morado será el pergeño de los personajes; morado...

ANGEL Morado va á ponerte el público si representan tu berengena literaria.

RUD. ¡Qué sabes tú! La tristeza invadirá á los espectadores por obra del color. También irá en los versos míos la esencia de ese propio color. Cada oración debe ser un lirio.

JUL. ¡Bravo! ¡bravo!... ¡Admirable!

MAN. Insoportable dirá usté.

RUD. Oid los tres primeros versos y os convenceréis.

ANGEL Déjalo para cuando esté completa la estrofa, el siglo veintiuno.

MAR. ¡No! ¡No!... Que los diga.

RUD. Ved como la forma se empapa en las moraduras del crepúsculo. (Recitando enfáticamente.)

¡Din! ¡Don! ¡Din! ¡Don! La campana toca,
[doncella.
¡Din! ¡Don!... Su son, es la fragancia de los
[lirios que oprimes;
lirial tú, pálida hija de la tarde muriente...

PED. Eso no suena á verso.

RUD. Porque no sabe usted desarticular bien las sílabas.

MAN. Déjanos en paz con tus desarticulaciones. ¡Ni que el idioma fuese un anfiteatro!

ANGEL Vaya por la pálida hija de la tarde muriente. (Apurando una copa. Angel, Ruderico, Manuel y Pedro pasan á segundo término á beber una copa. Mariano y Julian quedan en el primero. Sale Carmen por la primera izquierda.)

ESCENA XVII

JULIÁN, MARIANO, PEDRO, ANGEL, FEDERICO y CARMEN

CAR. (Dirigiéndose hacia Julián.) ¿Estabas aquí?

JUL. Hace poco llegué. (Mariano se dirige al grupo que forman Angel, Ruderico, Manuel y Pedro.)

CAR. Bien pudiste entrar á saludarme.

JUL. ¿Iba á meterme en la cocina como un cata salsas?

CAR. Dices bien. El cariño acaba por entontecer á una. Perdona. ¿A Julianito sí le habrás dado un beso?

JUL. No, todavía no. Entretenido con estos me olvidé.

CAR. ¿Te olvidaste?

JUL. No los iba á dejar por babosear al chiquillo. Flojos guasones son. Me llamarían papá chocho.

CAR. Julián...

JUL. Más tarde, cuando halle ocasión oportuna. Para darle un beso siempre hay tiempo.

CAR. Siempre hay tiempo y todo el tiempo resulta escaso. Ven á verle. Antes de dormirse te llamó.

JUL. ¿Pues si duerme, á qué despertarle? Cuando se despierte entraré. Qué pesada te pones.

CAR. No es pesadez. Será capricho si tú quieres. Pero es un capricho de madre. (Salen por la primera puerta izquierda. Margarita y Celeste.)

ESCENA XVIII

DICHOS, MARGARITA y CELESTE

MARG. ¡A la mesa! El arroz está á punto.

PED. (Mirando el reloj.) Veinte minutos. Ni uno más. Pepa es la gran mujer.

MARG. Ea, á celebrar la segunda medalla. Cada uno se sienta donde le dé la gana. En cuanto aparezca Irene con el cazuelón, á almorzar. (Todos menos Mariano y Julián que se encuentran en primer término, dirígense hacia la mesa y comienzan á tomar asiento, mientras el diálogo continúa. Margarita y Carmen continúan juntas en pie. Carmen mirando con ansiedad á Julián. Salen por la segunda izquierda. Irene, Pedro é Ignacio. Este último con una gran cazuela que pone encima de la mesa.)

IRENE ¡El arroz! ¡A celebrar tu victoria, Mariano!...

MAR. (Llena una copa de vino y se la presenta á Irene.) Para tí compañera mía de fatigas, la primera copa del banquete triunfal. (Ofreciéndosela. Irene la toma.)

MARG. ¡Olé!... (Carmen sigue mirando fijamente á Julián. Este hace ademán de dirigirse á la segunda puerta izquierda, luego se encoge de hombros y se reune en la mesa con todos.) Vamos, Carmen, siéntate. ¿Qué esperas?

CAR. Ya, nada. No va. (Se deja caer en una silla junto á Margarita. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

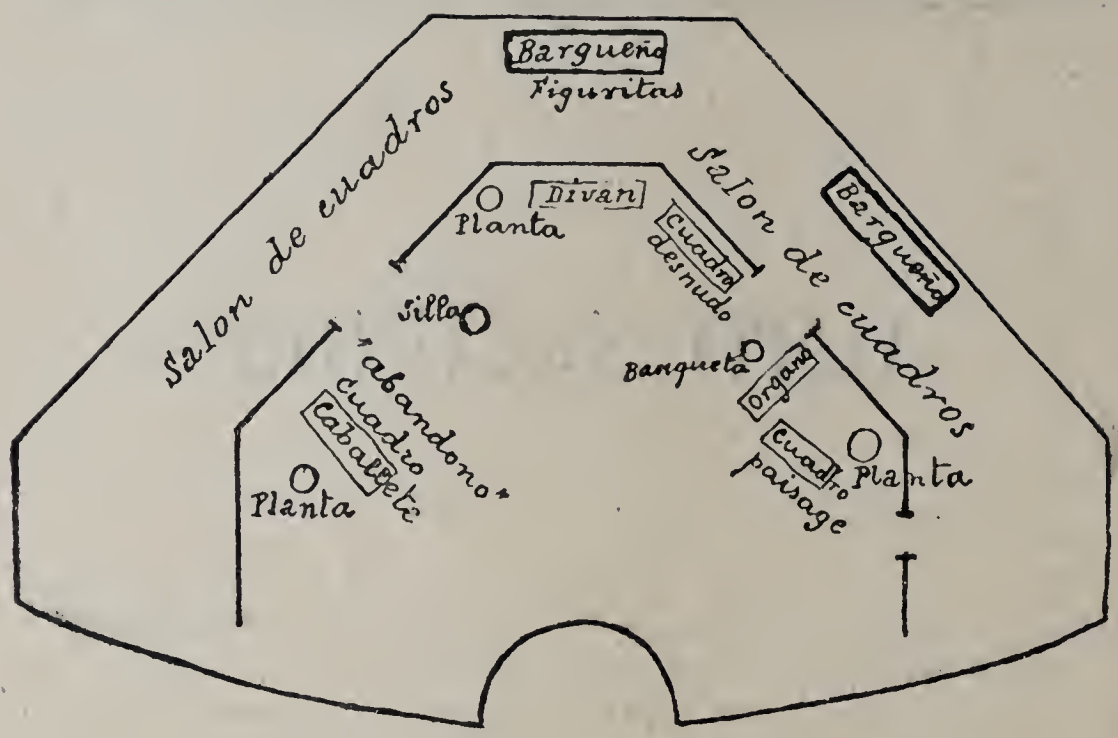
En primer término un salón con dos grandes puertas vidrieras y otra puerta pequeña en primer término izquierda.

En el fondo de este salón una cristalería por la que se ve otro salon, en las paredes del cual habrá lienzos encuadrados, al óleo. Debajo de la cristalería un diván cubierto con tapices y sobre él dos ó tres almohadones.

A la derecha de la cristalería una planta palmera; á la izquierda un caballete con un gran cuadro que representará un desnudo de mujer; el marco de este cuadro irá cubierto con sedas ó terciopelos.

Junto á la puerta vidriera de la derecha, un armonium, adornado con telas; encima objetos de arte y una tablita al óleo. Junto al armonium una banqueta y un caballete con un cuadro que representa un paisaje. En primer término á la derecha del actor un tapiz cubriendo una puerta; al lado un caballete de pintor con un gran cuadro que estará de espaldas al público. El marco de este cuadro se adornará con terciopelos y sedas. Enfrente del cuadro, una silla volante. En las paredes de la decoración tres cornucopias pequeñas. El salón del fondo figura una galería ó exposición de cuadros. Hay en él dos bargueños visibles y encima de ellos figuritas escultóricas; una cornucopia grande colgada en la pared. (La colocación como marca el plano.)

Al levantarse el telón aparecen en escena, Angel sentado enfrente del armonium. Pedro terminando de clavar las telas de un marco. Pepa cerca de él. Junto á Pepa habrá un cajoncillo con clavos de diversas hechuras.



ESCENA PRIMERA

PEPA, PEDRO y ANGEL

PED. (Por el salón.) ¡Aver si hay quien le ponga pe-ros! (A Pepa.) Acércame dos clavos. (Pepa coge del cajón dos clavos y se los da á Pedro.) ¡De esos no!... Los otros, aquellos dorados con la cabecita puntiaguda. (Pepa rebusca en el cajón.) ¿No ves que el terciopelo pertenece al siglo XVI? (Coge los clavos que Pepa le da.) Hay que entonar. (Martilleando.)

ANGEL Cualquiera entona con los martillazos de usted.

PED. (A Angel.) Deja unas miajas el tecleo. Ya tocarás luego, cuando se abra la exposición y empiece á llegar público. Un músico dale que le das al armónico ayuda la *reclame*. Ahora mira nuestro salón. Sembla regio, ¿eh?

ANGEL Magnífico.

PED. La presentación es la salsa de estos negocios. Sube el precio.

ANGEL. Los cuadros de Mariano se venderían siempre.

PED. Créeme, Angelito. Hay que saber presentar el género. La gente se paga mucho de bambollas.

PEPA ¡Tanto como se paga! Así te presentas, así vales.

ANGEL. Desgraciadamente es verdad.

PED. ¡Sí es verdad! ¿No sabes, á propósito de ello, el paso que hubo entre un editor y un gran novelista francés?

ANGEL. No.

PEPA Cuenta el paso. (A Angel.) Me muero por los cuentos de este.

PED. Pues era un gran novelista francés. Me creo que le llamaban Honorato de Balzac, ó una cosa así. Bueno. Va un editor y dice: «Ajustaré á ese Honorato una novela. Este invierno priva su artículo.» Abre el libro de las trescientas mil, coge las señas de Balzac, se mete en un simón y ¡arrea, cochero, al novelista!

ANGEL (A Pepa, riendo.) ¡Qué pintoresco es su anticuario!

PEPA ¡Para sucedidos de reir el *non plus!*

ANGEL (A Pedro.) Adelante.

PED. Mientras el cochero arreaba, el editor iba pensando: «¿Qué le ofreceré á Balzac por su libro? Le ofreceré... le ofreceré... ¡Ea! Tres mil francos.» Me parece que la sumita era respetable. Con que va el simón y deja los barrios ricos de París y se mete en un barrio de poco más á menos. «¡Hola!» exclama el editor para su bolsillo. «¿Por estos barrios vive mi hombre? Rebajaré la tara. Voy á ofrecerle dos mil francos.» Sigue el coche y tuerce por una callejuela. «¡Cómo!» vuelve á exclamar el editor, mientras lee el rótulo de la calle. «¿Es en este embudo donde trabaja el novelista? Con mil quinientos francos se creerá en la gloria.» El coche para frente á un portal inmundo. «¡Ay, ay!...» repite el editor. «¡Vaya un portalito! Con mil francos se conforma el poeta.» Cuando llegó al piso quinto

andaba el libro en los setecientos cincuenta francos; en los quinientos cuando el librero se detuvo en un corredor mal oliente. Llama con los nudillos á una puerta rijosa y le abre un sujeto mal vestido y con cara de *necesidá.* «¿El señor Balzac?» Pregunta el librero. «¡Servidor!» contesta el derrotado. «Vengo á comprarle una de esas novelitas que escribe.» «¡Cuánta honra!» «Doy por ella trescientos francos.» «Trato hecho.» En media hora de coche se ahorró el pico de once mil reales el tratante. Todo ¿por qué? Por la presentación. El Balzac de la casa pobre, el traje roto, y la cara flaca, no valía más que sesenta duros.

ANGEL Elocuente es la historia.

PEPA Y con su moraleja.

PED. Para el Mariano la he sacado yo. (A Pepa.) Pásale un trapo á los dorados de la mesa. (Pepa lo hace.) Al bargueño y á los monigotes, ni tocarlos. Déjalos como están, llenos de polvo y de churretes. Las cosas antiguas cuanto más puercas mayor mérito.

ANGEL Fué gran idea la de alquilar estos salones.

PED. Ya verás, ya verás. Mariano vale, pero no tiene mundología. ¿Vino la racha? Aprovecharla, ¡qué caray! ¿Te has puesto á la moda? Saca raja, le dije, y no te duermas, que en arte las modas cambian todos los años.

ANGEL ¡Sí cambian! Aun para lo verdaderamente grande, para lo que nunca ha de morir, hay eclipses y deseclipses.

PED. Mire si no lo que está pasando con los Grecos. Antes andaban á tres perras, en cambio los Murillos por las nubes andaban. Hoy saltó la moda y tienes á Greco en las nubes y á Murillo en las alcantarillas. ¡Grecos!... ¡vengan Grecos! Aunque sean de los de la locura, de los amarillos y verdes con los remos torcidos como los sacacorchos, ¡vengan Grecos y vayan fajos de billetes! La moda próxima le tocará á otro gran pintor.

ANGEL Igual ocurre con los vivos.

PED. Sólo que los muertos pueden descuidarse y

esperar á que les llegue el turno otra vez. Los muertos no comen; los vivos sí; y éste (El estómago.) no admite espera.

ANGEL Habla usted como un libro.

PED. Así hablé á Mariano. Mariano se hizo caso de mí; alquilamos estos salones, dió el amigo mano última á los lienzos que tenía por concluir; emprestamos á mi principal muebles y sedas y terciopelos y tapices y ¡ande la exposición! (Aparece Mariano en el antesalón.)

PEPA Van á rifarse las pinturas.

MAR. (Entrando en el salón.) Sean tus palabras oráculos.

ESCENA II

PEPA, ANGEL, PEDRO y MARIANO

PED. ¡Vaya si lo serán! Con lo de la medalla, con lo de los bombitos de la prensa, y con lo de que tu pintura es descaradota y no repara en desnudeces, se nos cuela medio Madrid.

MAR. ¡No sé cómo pagarte!...

PEPA Entre amigos...

PED. Alto, no todo es amistad.

ANGEL ¡Hombre!

PED. Amistad hay, naturalmente. Pero hay también su punto de negocio. (A Mariano.) No lo digo por el cuadro que regalaste.

MAR. Eso no vale nada.

PED. Vale un montoncito de billetes si yo lo quisiera vender. No lo vendo, ¿eh? Lo guardaré en recuerdo tuyo. Ya ves si te estimo. Pero, ¿y los tapices? ¿y los muebles? ¿Y los monigotes antiguos? ¿Son moco de pavo? ¿No los verá el público? ¿No preguntarán de qué establecimiento son? ¿No estoy yo aquí para responder? ¿No llevo yo un ocho y medio en las ganancias de mi principal?... ¡Entonces! ¡Qué se figuraban! ¿Que todo eran rosas y claveles? ¡Quiá! ¡También procuro yo por mí!

MAR. Tienes la coquetería del negocio y coque-

teas siempre, hasta ahora para empequeñecer un hermoso rasgo de amistad.

PED. No señor. No empequeñezco nada. Es que la amistad no debe ser romanticismo. Debe ser práctica. Todo práctico, hasta el amor.

ANGEL ¿Ni el amor se libra?

PED. De ningún modo. ¿Por qué estoy yo con ésta? (Por Pepa.)

MAR. Porque la quieres.

PED. Porque la quiero y porque hace bien la *bullavesa*. (A Pepa, que ríe.) Anda al tocador, desempuércate y que estés aviada para cuando llegue la gente.

ANGEL ¿Piensa negociar á Pepa también?

PED. Bueno está el negocio, pero hasta cierto punto. Es que ella, Irene, Carmen, Margarita, los íntimos de Mariano, debemos estar yendo y viniendo por la exposición cuando ésta se abra al público. Los primeros que entren no han de hallar el salón vacío. Es de muy mal efecto. Ver gente anima; y si entre la gente hay mujeres guapas, pan y miel.

PEPA (A Angel.) ¿Va á venir Margarita?

ANGEL Con toda su corte de imbéciles.

PED. Los imbéciles cuando van con hembras de su gusto son la gran parroquia. No se atreven á regatear. (A Pepa.) ¿Qué haces ahí? ¡Ponte el sombrero!... ¡Empólvate!... ¡Lávate las manos! ¡Arrea!

PEPA ¡Ya voy, hombre! ¡ya voy! (Sale por la puerta de la derecha.)

PED. ¡Oh! ¡Estoy reventado! (Se deja caer en el diván.)

ESCENA III

MARIANO, PEDRO y ANGEL

MAR. ¡Con tus tragines y con que la exposición haga fiasco!...

PED. (Metiéndose la americana que estará sobre el diván.) No hables barbaridades; sin tarjetas de invitación me he quedado yo anoche.

ANGEL Los críticos que estuvieron en el barnizaje te tratan bien.

MAR. Algunos. Otros ponen en sus juicios más reparos que líneas.

ANGEL Sería el caso primero de unanimidad.

PED. Natural que algo pegan. Si no pegasen no serían críticos. Los críticos y los fiscales son hermanos gemelos. Les cuesta mucho trabajo pedir la absolución.

ANGEL Manuel ha escrito una soberbia crónica. Ruderico está generoso.

PED. ¿El? ¿Qué dice?

ANGEL Que el arte de Mariano es arte grosero y efectista, pero que dentro de su escuela se le puede mirar.

MAR. Me desprecia, pero me perdona la vida. (Momentos antes habrá entrado Manuel en el antesalón, dirigiéndose al grupo que forman los otros.)

MAN. No lo hace á mal hacer. (Enseñando un periódico.) Aquí está su artículo.

PED. Venga. Es el único que no he leído.

ESCENA IV

MARIANO, ANGEL, PEDRO y MANUEL

PED. (Leyendo.) El demonio entiende á este noy.

MAN. A Ruderico de puro vaciarlos en los nuevos moldes, se le han hecho los sesos agua. En literatura proscribe las ideas, en pintura exige que los paisajes tengan color de ensueño y que las imágenes sean planas, pegaditas á la tela como sellos en colección. En música ignoro por lo que le dará.

ANGEL Probablemente porque la música no se oiga. Es capaz de todo.

PED. Hasta de comer por catorce. ¡Cómo engullía anoche en la cena con que nos obsequió Julián para celebrar su doctorado! El tal Ruderico es la viva imagen de Dios. En su casa no tiene principio y en la fonda no tiene fin.

MAN. ¿Es mañana cuando se va Julián?

MAR. A veranear con la familia.

PED. Y arreglar sus asuntos para volver en condiciones de abrir el gran bufete.

ANGEL (A Pedro.) Julián es como usted, todo práctico.

PED. Lo cual no quita á lo buen amigo. En esto de la Exposición se ha portado. Todas sus relaciones vendrán á la apertura.

ANGEL Y él, ¿vendrá también?

MAR. Así lo ofreció esta mañana cuando estuvo en casa á dejar á Carmen. Carmen almorzó con nosotros. Irene y ella vendrán juntas.

PED. Ya tardan.

MAR. A todo esto, y más vale tarde que nunca, gracias por tu crónica. (A Manuel.)

MAN. No hay de qué. He escrito tal como sentía. Tu arte me atrae por su sinceridad. Ella es la razón de tus éxitos. Buena prueba de mi afirmación es este cuadro donde pusiste el alma. (El que está de espaldas al público.)

PED. Vaya, que esa pobre mujer abandonada con el chiquillo en brazos es una compasión. Y á él, á ese tío que la abandona, le estrangularía... ¡Palabra!

ANGEL Haces vivir la escena.

(Momentos antes han aparecido en el antesalón que curiosean, Irene y Carmen. Carmen llevará un traje sin adornos, completamente liso, de corte á propósito para espiritualizar la figura.)

MAN. Es la propia realidad.

CAR. (Que ha llegado cerca del cuadro.) ¡La realidad!...

MAR. (Volviéndose hacia Carmen é Irene.) ¡Vosotras! (Carmen queda frente al cuadro contemplándole con fijeza.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE, MARIANO, PEDRO, ANGEL y MANUEL

IRENE Aquí estamos cumpliendo el programa de Pedro. No tendrá usted queja. Examine, examine el hombre.

PED. ¡Bravo! Irene es propiamente un Goya. (A Carmen.) Usted, con su cara pálida y con sus moradas ojeras, una Dolorosa del Greco.

IRENE ¿Y Pepa? ¿A qué escuela la echamos?

PED. ¿No es rubia y regordetilla y alegre? A la escuela flamenca.

IRENE ¿Dónde se ha metido?

PED. En el tocador. Arreglándose los perifollos.

CAR. (Como leyendo el rótulo del cuadro.) «¡Abandono! ¡Pobre niño! Duerme mientras el padre huye y la noche se acerca. Al despertarse, ¿qué hallará? En su madre, lágrimas; encima de la tierra, nieve. ¡Pobre niño!»

MAN. (Bajo a Mariano.) Ahí tienes el drama de tu cuadro planeándose, haciéndose carne una vez más. (Por Carmen.) Acertó Pedro llamándola criatura del Greco: pensando en atormentadas como ella debía revolver la siniestra coloración de su paleta aquel loco sublime.

PED. (Mirando el reloj.) Falta un cuarto de hora. Vamos hacia la entrada, no vaya á ocurrir algo. No hay que fiarse más que de uno. ¿Venís?

ANGEL Andando. (Mariano, Pedro, Angel y Manuel se dirigen al antesalón, por donde salen.)

IRENE (A Carmen.) ¿Vienes tú?

CAR. No, déjame que mire. Este cuadro me parece un espejo. Creo que no es ella, sino yo, la que está dentro de él.

ESCENA VI

CARMEN é IRENE

IRENE ¿Tú? Qué tontería.

CAR. Julián se va mañana.

IRENE Para volver, como otros años.

CAR. Otros años le obligaban á volver sus estudios. Ya no. Sus obligaciones concluyeron.

IRENE ¡Cómo han de concluirse! ¿No estás en Madrid tú?

CAR. ¡Yo!... ¿Sé yo misma lo que soy ya para él?

¿De mí qué puede esperar él? Cuanto podía esperar lo tuvo.

IRENE ¡Y vuelta á las dudas!... ¡Si es empeño el tuyo!

CAR. ¿Empeño?... Nadie lo tiene en su desgracia. ¿Qué mayor desgracia para mí que perder el amor de Julián? Miento. Otra hay más grande.

IRENE Si no os viese á diario, si no os tratara con intimidad, acabaría por creerte. Pero os veo y veo á Julián tan cariñoso contigo como siempre. Por decir estoy más que nunca.

CAR. Sí; las palabras siguen siendo iguales. Sólo es diferente el sonido. Distraídas acuden á sus labios, sin un temblor del alma, sin un balbuceo de pasión. ¡Sus caricias! Hay caricias muy amargas para el que las recibe. Las que van solas, las que llegan á uno sin llevar el pensamiento y el corazón de quien acaricia.

IRENE ¡Mujer!...

CAR. ¡Tales son hace tiempo las palabras y las caricias de Julián!... Pero ¿á qué hablar de mí? El amor mío nada importa. El de mi hijo sí. ¡Ay, si mi hijo quedara olvidado, perdido, como esta criatura á quien su madre ve dormir mientras la nieve cae!...

IRENE ¡Déjate de locuras!

CAR. ¡Locuras! ¿Es locura que Julián vive solo, lejos de la casa de su hijo? ¿Es locura que oculte la existencia de ese hijo á un padre? ¿Es locura que no le quiera dar su nombre? ¿Por qué no se lo dió? Mil veces le supliqué con besos y lágrimas que lo hiciera. ¿Qué hizo? ¿Cuál fué su respuesta? La de ayer, la de hace algunas horas: «¡Qué pesada te pones! Más adelante. No corre prisa. Ni que el chiquillo fuera un hombre. Más adelante. Ya veremos más adelante.» ¡Más adelante!... Es decir, nunca!

IRENE ¡Carmen!...

CAR. Cuando se quiere al hijo, cuando se pone toda la existencia en su porvenir, la voluntad del padre va más deprisa que la pregun-

ta de la madre. Antes que ella pregunte: «¿Cuándo?» el padre responde: «Ahora mismo.» Julián dice: «Más adelante.»

IRENE Y más adelante lo hará.

CAR. Un hijo sin nombre á nada obliga. Cuando se convierte en obstáculo se le da con el pie y á otra cosa. ¿Quién va á salir por él? ¿La madre? ¿La que se entregó como amante?... Para el mundo la mujer que se entrega así es una perdida. Así me entregué yo. A una perdida cuando llora se la desprecia; cuando exige se le vuelve la espalda; cuando enseña á su hijo se le responde: «¡Sabe Dios quién será su padre!»

IRENE ¡Vaya, vaya!... No te inspira pocas negruras este pícaro cuadro. Ahora mismo nos apartamos de él y vamos en busca de Pepa que está echando raíces en el tocador.

CAR. No voy. Quiero seguir aquí mirando á esta mujer. Ella también amó; también se entregó ella, olvidándolo todo... ¡Después!... Ahí está con el hijo de su amor en los brazos. ¡Ahí está mientras el padre huye en busca de nuevos amores, de hijos nuevos!... Ella le ve huir. ¡Y la nieve cae... cae blanca y fría como una mortaja de hielo!

(Aparecen en el antesalón Julián, Pedro y Mariano.)

PED. No falta requisito. (A Julián.) Pase, pase y verá canela.

IRENE (A Carmen.) Julián.

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, JULIÁN, MARIANO y PEDRO

JUL. (Acercándose á Irene y Carmen.) Temprano se vino. (A Irene.) ¡Elegantísima! (A Carmen.) A tí, si no fuera porque elogiarte es elogiarme, te diría lo propio. (A Pedro.) ¿Y Pepa?

IRENE Aun no salió del tocador.

PED. Vayan, vayan y denla prisa que son al golpe de las cuatro. Fíjense en ella antes de que salga, y si fuera menester la componen. Pepa, de su natural, es muy farotona.

IRENE Vamos.

JUL. (A Irene y Carmen que se dirigen á la derecha.) Seguro que no estaré cuando volváis.

IRENE ¿Y eso?

JUL. Un sin fin de quehaceres. Como el viaje es mañana...

PED. Siquiera hasta la entrada del público. Quédese un poquitín.

JUL. Lo siento mucho; no es posible.

CAR. (A Irene con quien llega á la puerta de la derecha.) Ni conveniente que sus relaciones le vean junto á mí.

PED. Entonces entro con ustedes. Tampoco me viene mal un lavatorio.

(Salen por la puerta de la derecha Carmen é Irene seguidas de Pedro.)

ESCENA VIII

JULIAN y MARIANO

JUL. Esto es ir viento en popa. Excuso manifestarte que me alegro sinceramente. De toda la pandilla eres mi predilecto. De ahí que el triunfo tuyo me entusiasme como si fuera propio.

MAR. Gracias, Julián. ¡Para éxito el de tu último examen!

JUL. ¡Bah!... Una borla de doctor no es para echar orgullo. ¿Quién no lleva en España borlas doctoriles de esta ó de la otra pinta? Como fin, la borla es una pequeñez. En clase de medio algo puede valer. Depende del sujeto en que caiga.

MAR. Tú no eres de los torpes. (Mientras hablan van examinando los cuadros.)

JUL. Este desnudo es maestro. ¡Qué suaves los tonos de la piel! ¡Qué bien trabajada la carne! Entre los amigos á quienes repartí las invitaciones, hay verdaderos inteligentes; y ricos que es lo principal. Mas de un comprador has de tener en ellos.

MAR. Gracias otra vez. ¿Conque decididamente mañana...?

JUL. Sin retardo posible. Mis padres me aguardan. Además, el viaje supone asuntos relacionados con mi porvenir. El porvenir no es para dejado de la mano.

MAR. Seguro.

JUL. Cuando regrese, lo haré en condiciones favorables al éxito.

MAR. ¿Volverás pronto?

JUL. Depende de las circunstancias. No se prepara así como así, un cambio de frente. ¡Admirable estudio! (Por uno de los cuadros)

MAR. ¿Cambio de frente?

JUL. ¿Qué remedio? La borla obliga. En mí concluye el estudiante y principia el hombre formal. ¡Ay, quién fuera artista para prescindir de la formalidad!

MAR. ¿De qué formalidad?

JUL. De la que se cotiza en el mundo de las borlas y de los diplomas oficiales. Quien aspire á dominar en ese mundo, necesita fama de hombre serio.

MAR. ¡Hombre serio!... Y tu marcha es para hacer el aprendizaje de hombre serio.

JUL. Está claro.

MAR. El regreso dependerá del tiempo que tu aprendizaje requiera.

JUL. Naturalmente. No es ello cuestión de quince días.

MAR. Gran pena será para tí vivir lejos de Carmen y del niño.

JUL. ¡Figúrate! Pena y disgusto. Estas locuras de muchacho se hacen sin querer y luego proporcionan infinitas contrariedades.

MAR. ¡Ya, ya!

JUL. Empieza uno jugando y se echa una cadena al cuello. Ya es trabajo si ello hace falta romper esa cadena. Afortunadamente esta clase de compromisos, no lo son de por vida. Estaría uno fresco.

MAR. ¡Y pensar que hay tontos que opinan lo contrario!

JUL. ¿Tontos? Algo más ridículo; sentimentales.

¡Fuera bueno que las calaveradas de estudiante influyeran en nuestro porvenir! Con ciertas cosas se concluye cuando hace falta.

MAR. Sin perjuicio de recordarlas alegremente ante una buena mesa y entre cinco ó seis amigotes cuando se llega á la vejez. Poco más ó menos, ¿para qué época volverás?

JUL. Ya te avisaré. Nos hemos de escribir con frecuencia.

MAR. Lo digo porque si te tardas y en la ausencia tuya Carmen y su hijo necesitan alguna cosa, puedes disponer de nosotros.

JUL. Ya contaba contigo. (Mirando su reloj.) Los minutos pasan sin avisar. Con permiso, Mariano. ¡Una maravilla son tus lienzos!

MAR. Saldremos juntos. No quiero andar por aquí mientras curiosea la gente.

JUL. Tengo á la puerta un coche. Si necesitas de él...

MAR. No, voy al café próximo; allí me reuniré con Manuel y con Angel; allí irán luego las mujeres.

JUL. Como gustes. (Echa á andar hacia el antesalón seguido por Mariano, á tiempo que entra en escena Irene por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

MARIANO, JULIÁN, IRENE. Al final CARMEN y PEPA con PEDRO

IRENE (A Mariano, que se detiene al oirla mientras Julián sigue hacia el fondo.) ¿Te vas?

MAR. No voy á estar aquí escuchando alabanzas ú oyendo censuras, que es peor. Oyelas tú, y me las trasmites luego en el café. Yo me largo.

IRENE ¿Con ese? (Por Julián, que al llegar al antesalón se vuelve y saluda á Irene con la mano.)

MAR. Ese y yo vamos por distinto camino. (Se dirige hacia el fondo y sale de él con Julián á tiempo que entran en escena por la derecha Carmen, Pepa y Pedro. Pepa con el sombrero y los guantes puestos.)

ESCENA X

IRENE, CARMEN, PEPA y PEDRO

PEPA — No nací para señoríos. Estoy mejor en casa, con mis cuatro trapitos y revolviendo cacerolas. Sobre todo el sombrero. Aunque le ponga cuarenta alfileres se va. ¡Ni que este pájaro (El que lleva en el sombrero.) fuese de veras!

IRENE — ¡Trae! (Arreglando el sombrero de Pepa.) Lo sujetaré por un ala.

CAR. — Ya empieza á entrar público. (Entran por el antesalón y comiénzanse á repartir por él formando grupos y parejas delante de los cuadros, caballeros y señoras..)

PED. — ¡Es un golpecito de gente! ¡Y la que ha de venir!... ¡Cuando yo aseguro una cosa!...

(Entran en el antesalón y se detienen á contemplar los cuadros del fondo Ruderico, Celeste y los Jóvenes 1.° y 2.°, que irán trajeados poco más ó menos como Ruderico)

PEPA — Ahí entran Ruderico y Celeste con otros de su pinta. Ya examinan los cuadros.

IRENE — O lo que es lo mismo, ya empiezan á hablar mal.

PED. — Todo contribuye al cartel. Si nadie hablase mal, no habría controversia. Las controversias arman ruido, y mientras más ruido más negocios.

(Se oyen voces y carcajadas á la puerta del antesalón.)

IRENE — ¿Qué jaleo es ese?

CAR. — Margarita que llega.

PEPA — Trae con ella una procesión de hombres.

IRENE — La nata y flor del Sicalíptico.

(Entra Margarita en el salón rodeada por un grupo de caballeros, entre los cuales estarán el Conde, el Marqués y los Caballeros 1.° y 2.° El Conde y el Marqués serán viejos. Margarita vestirá con lujo estrepitoso, y accionará y reirá también estrepitosamente.)

MARG. — ¡Por aquí!... ¡Por aquí!... que es donde está lo bueno.

PED. Es un torbellino de mujer.

(Margarita entra en el salón seguida de su acompañamiento y provocando la curiosidad de los visitantes. Al ver á Carmen y á Irene se dirige hacia ellas corriendo con los brazos abiertos y la sombrilla en alto. Los acompañantes la siguen.)

ESCENA XI

CARMEN, IRENE, PEPA, MARGARITA, PEDRO, el CONDE, el MARQUÉS, CABALLEROS 1.° y 2.° Grupos de visitantes, RUDERICO, CELESTE, los JÓVENES 1.° y 2.° y dos ó tres grupos en el antesalón

MARG. ¡Hola, chicas! Aquí estoy yo. Buenas tardes, Pedro. (Señalando á los que la acompañan.) Los señores son amigos míos. Vienen con obligación de comprar. El que no compre puede declararme difunta y no volver al Sicalíptico.

CONDE Compraremos lo que usted mande.

MARQ. ¡Vaya si compraremos! ¡Aunque los cuadros sean unos mamarrachos compraremos!

IRENE (A Pepa.) El sí que es mamarracho.

CONDE (Al Caballero 2.°) Me arrancaré con una tablita.

CAB. 2.° (Al Caballero 1.°) Yo, ni eso. En el club me han dejado *arruchi*.

MARG. (Bajo á Irene.) ¿Qué te parece mi parroquia?

IRENE Una recua.

MARG. Si no fuese recua, ¿vendría donde yo la llevase? Imposible. Solo que no hay otros. (A Carmen.) ¡Ay, Carmen! luego dicen que las joyas andan baratas. (A sus acompañantes.) Ea, caballeros, á ir pensando encima de qué marco ponen ustedes su tarjeta. (A Pedro.) No dirá que soy mala corredora.

PED. (Bajo.) Haga usted que se fijen en el bargueño.

MARG. (Bajo.) ¿En el qué?

PED. En el bargueño. Aquel mueble de la otra sala. Y en las figuritas que hay sobre él. Son joyas escultóricas.

MARG. A mí me resultan unos adefesios; pero se fijarán. (Dirigiéndose hacia el Conde seguida de Pedro.) Ya lo creo que se fijarán. ¡Conde!

CONDE ¡Margarita!

MARG. Ha reparado usted en ese... (Deteniéndose.)

PED. (A su oído.) Bargueño.

MARG. Bargueño.

CONDE No. No había visto...

PED. Es de primer orden. Acérquese. Hay que verlo de cerca. De primer orden, caballero. (El Conde, Margarita y Pedro se dirigen donde está el bargueño.)

IRENE (A Pepa y Carmen.) Vamos como distraídas detrás de unos grupos y de otros. Así oiremos lo que dicen. ¡Soy tan dichosa cuando oigo elogiar á Mariano! ¿Queréis?

CAR. ¡No hemos de querer!

PEPA ¿Por dónde?

IRENE Por cualquier parte, menos por la que estén Celeste y Ruderico. Esos hablarán atrocidades, y no es cosa de descomponer la exposición arrancando á Celeste el moño. (Salen.)

(Ruderico, Celeste y los Jóvenes 1.° y 2.° entran en el salón y se detienen frente á un cuadro. Carmen, Irene y Pepa se dirigen al antesalón, donde desaparecen.)

ESCENA XII

CELESTE, MARGARITA, PEDRO, RUDERICO, el CONDE, el MARQUÉS, CABALLEROS 1.° y 2.°, JÓVENES 1.° y 2.° Grupos de visitantes

RUD. (Por el cuadro que examina, á sus acompañantes.) Es grosero. Bien pintado, pero grosero. ¿Fuí injusto diciéndolo en mi artículo?

JOVEN 1.° Injusto por bondad.

JOVEN 2.° La coloración del paisaje es demasiado fuerte.

CEL. Brutal.

RUD. Una fotografía de la Naturaleza. La Naturaleza es grosera también: deber del artista sublimarla, trocarla en sueño poético; en materia ideal más bien sensible que visible.

MARG. (A Pedro, con quien entra.) Ya colocamos el bar-

gueño. A chalanear la cornucopia. ¿Y el Marqués?

MARQ. (Acercándose.) ¿Qué desea la encantadora artista?

MARG. Tener en mi gabinete aquella cornucopia.

MARQ. Veámosla, veámosla inmediatamente. (Los tres salen por la puerta izquierda.)

RUD. (Por otro cuadro.) Esto no son pinceladas, son brochazos, tonamientos de color; el color debe indicarse, solamente indicarse; pasar de ahí, es deplacientemente soez.

CEL. ¡Y esta mujer!... ¡Qué afán de redondeces!

RUD. (Por el cuadro.) Este espectáculo deprime. Sin embargo ya lo veis. Mariano triunfó. Sigagamos, sigamos recorriendo con zancos en los ojos y en el espíritu, este lodazal colorinista.

(Entran por la derecha Irene, Carmen y Pepa á tiempo que salen por la izquierda Ruderico, Celeste y sus acompañantes, y entran por la izquierda también Menéndez y Soto.)

IRENE (A Carmen.) ¡Qué contenta estoy!

ESCENA XIII

CARMEN, IRENE, MARGARITA, MENÉNDEZ y SOTO

MARG. He dicho á esos polichinelas que se las piren y que no admitiré en mi cuarto al que no lleve, por lo menos, la factura de un cuadro con recibí y todo.

SOTO (A Menéndez.) Las aguas fuertes son notables: algunos lienzos de primer orden: hay que agradecer la invitación.

MEN. Diciendo de quién vienen no podía ocurrir otra cosa.

MARG. ¿Oyes? ¡Estarás satisfecha! Todos ensalzan á Mariano.

IRENE Soy feliz, ¡muy feliz!

MARG. (Que se ha fijado en el cuadro de espaldas al público.) ¡Qué majadería! ¿No miro á esta mujer y se me llenan los ojos de lágrimas?... ¡También Marianito! ¡Podía pintar cosas más alegres

y no afligir á una! ¿A qué buscar en la vida lo triste?

CAR. No se busca, Margarita, viene ello. (Menéndez y Soto llegan delante del cuadro y lo examinan dando la espalda á las mujeres, mientras sale de escena Margarita.)

MEN. Hay que dar gracias á nuestro querido Julián. Merced á sus invitaciones, admiramos una hermosa labor artística.

SOTO Suárez es un pintor de fuerza, con mucha luz en el pincel.

IRENE (A Carmen.) ¿Oyes? Y estos son inteligentes. No hay más que mirarlos; parecen amigos de Julián.

CAR. Al menos acaban de nombrarle.

SOTO Vine seguro de pasar un buen rato. Julián tiene gusto exquisito.

MEN. Es un joven de mérito.

SOTO Y que irá lejos. El jefe de nuestro partido, está prendado de él.

MEN. Como orador es extraordinario. Diputado de oposición hemos de verle en las próximas elecciones.

SOTO Indudablemente. El jefe le ayuda. El tiene posición. Ya puede acometer la empresa.

MEN. Y si sus fuerzas no bastan á lograrlo, ahí está el dinero que le llevará en dote su futura.

CAR. ¡Oh! (Reconcentrado pero con angustia y desesperación terrible, en el gesto.)

IRENE (Bajo.) Vámonos de aquí Carmen.

CAR. (Con fiereza.) ¡Cálla! Déjame oir. (Deteniendo un ademán de Irene.) ¡No oyes que me dejes oir!

MEN. ¡Muy rica! Este invierno será la boda.

SOTO (Alejándose con Menéndez.) ¡Hermosísimo es este cuadro! (Salen por el fondo donde desaparecen.)

ESCENA XIV

CARMEN é IRENE

CAR. ¡Hijo de mi vida! ¡Qué horror! (Tambaleándose en actitud estupefacta se deja caer en el diván.)

IRENE ¡Carmen! (Irene la contempla en silencio con angustia.)

CAR. (Por la mujer del cuadro.) ¡Iguales somos ya, compañera de infortunio y de engaño! (Levantándose, con energía dolorosa.) ¡No!... ¡No somos iguales!... Tú arrojada contra ese lienzo, por el capricho de un pintor, eres cosa muerta. Yo vivo. (Hace ademán de dirigirse al fondo.)

MARG. ¡Carmen! (Como si quisiera contenerla.)

CAR. No temas. Mi dolor no grita, es muy hondo para subir á la garganta. Está tranquila. Ya lo ves. Ni siquiera lloro. (Este momento á la inspiración de la artista. En el segundo fondo habrá figuras contemplando los cuadros. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en la casa donde vive Carmen.

A la izquierda una puerta que supone comunicar con la de la calle.

A la derecha, en primer término, un balcón practicable, con cortinas, que estará abierto al comenzar el acto.

En el fondo una alcoba, á la italiana, separada del gabinete por columnas y adornada con cortinas iguales á las del balcón.

En esta alcoba habrá una cama y delante de ella, perfectamente visible para el público, una cuna de mimbres.

En el gabinete, en primer término, á la izquierda, una máquina de coser. Sobre ella un rebujo de tela blanca y debajo de él unas tijeras grandes y puntiagudas de las llamadas de cortar.

Junto á la maquina un cesto de costura.

El resto del mueblaje modesto, pero de buen gusto.

La escena comienza al caer de la tarde; los rayos últimos del sol penetrarán por el balcón abierto, en dirección de la alcoba.

Al levantarse el telón aparece Carmen sentada en una silla con el niño en los brazos, colocado en forma que solo se le vean de él los encajes y cintas que lo visten. Carmen contemplará al niño con fijeza angustiosa. Irene estará sentada cerca de Carmen.

ESCENA PRIMERA

CARMEN é IRENE

CAR. ¡Duermel Quizás por no ver estos ojos míos,
todos negrura y pena, se cerraron los suyos
todos alegría y todos luz. (A Irene.) ¿Verdad

que es hermoso? ¿Verdad que en esta carne sonrosada, en este pedazo vivo de inocencia, no hay un solo estremecimiento que no hable á la compasión y al amor? Nadie viéndote así dormido, débil, con la sonrisa en la boca y los temblores de un sueño juguetón en los párpados, fuera capaz de hacerte daño. El más desconocido para tí de los hombres abriría los brazos sobre tí... ¡Tu padre los cierra y te abandona para siempre! ¿Sabes? ¡Para siempre! Es algo así como si te cogiera y te alzara en alto, muy en alto y te soltara después de golpe y se alejase encogiendo los hombros, sin volver la cabeza para mirar donde caías.

IRENE. ¡Cálmate por Dios, criatura!

CAR. (Secándose las lágrimas nerviosamente y retirando la cabeza de la de su hijo.) ¡Hijo mío! ¡No! ¡No quiero que mis lágrimas caigan sobre tí! Su fuego quemaría tu piel. Las lágrimas del abandono aun deben ser sólo para mí. Sonríe á tus ensueños de angel... ¡Tiempo vendrá en que las lágrimas del abandono corran por tus mejillas sin que yo me atreva á enjugarlas!

IRENE. (Acercándose á Carmen.) Tal vez aquellos dos hombres hablaron por hablar; tal vez un dicho, una suposición aumentada de unos en otros llegó hasta ellos y la repitieron á tientas, sin certeza de la exactitud.

CAR. No te esfuerces dándome esperanzas que eres la primera en no tener. Aquellos hombres no mintieron. Nos deja. He sido el pasatiempo estudiantil, el juguete de sus noches ociosas. Fuí yo. Otra cualquiera hubiera sido igual. ¿Soñé en algo más grande? Peor para mí. ¿Vino el hijo en mal hora para su conveniencia? Peor para el hijo si vino. Que siga la suerte de su madre. El se va, se va donde sus ambiciones y sus egoismos le llaman. Su carrera y nuestros amoríos marchaban á la par. Concluyó la una y concluyen los otros.

IRENE. ¡No es posible! ¡Te repito que no es posible!

No me cabe en los sesos que Julián sea tan cruel para su hijo y tan cobarde para tí. A su hijo no puede abandonarle. A tí, aunque de romper contigo tratara, no te iba á dejar sin una explicación. ¿Cómo ha de hacer eso Julián?

CAR. Es más cómodo. Asi evita lágrimas y reconvenciones. Tierra por medio. Pasan los meses... Escasean las cartas. Un día el silencio por toda respuesta á la madre y á la mujer y todo concluyó. Así quiere él que sea. ¡Así!.. No será.

IRENE ¿Qué piensas hacer?

CAR. Algo.. ¡Todo!... Pero, ese todo, ¿qué es? Quiero pensarlo y mis pensamientos se confunden. ¡Pensar!... Todavía no puedo. No hay sitio para pensar en mi alma. ¡Rebosante se halla de lágrimas y de dolor!... Aun no puedo pensar. Dejo á los suspiros salir por mi garganta; dejo á mis lágrimas que rueden. Gracias á ellas no se me ha roto el corazón. ¡Que salgan! ¡Que salgan! Son mi dicha última. ¡Luego ni esa dicha tendré!

IRENE (Llorando.) Tendrás al menos quien te ayude á sufrir. Y si tu desgracia llegara; si este ángel y tú os encontrárais, solos, no sería tan solos. Aun estamos yo y Mariano en el mundo.

CAR. ¡Gracias, Irene! ¡Muchas gracias por él!

IRENE (Por el niño.) ¡Pobrecillo!

CAR. Más pobre que los que aguardan con su madre, en la calle, en el quicio de una puerta cualquiera, el regreso del padre. A veces viene éste sin pan, pero viene siempre con amor.

IRENE Cuanto más le miro menos creo que se atreva Julián...

CAR. Pronto lo sabré. Cuando él venga.

IRENE ¿Vas á preguntarle?

CAR. Ya te dije que no sé lo que haré. (Como si hablara con el niño.) No estás bien en mis brazos. La desesperación los contrae á veces con tal fuerza, que martirio son para tí en lugar de caricia. (Se levanta con el niño y lo echa en la

cuna.) Aquí estarás mejor. Yo á tu lado velando el sueño que te hace sonreir mientras lloro yo.

IRENE (Dirigiéndose hacia el balcón.) ¿Cierro?

CAR. Deja entrar los últimos rayos del sol. Ya ves, soy romántica, como dice Julián, y estos rayos pálidos que se extienden hacia la alcoba me parecen una caricia de la luz, una despedida que nos da la felicidad antes de dejarnos para no volver nunca. (Señalando al balcón.) Mira. El sol va cayendo... cayendo... Ya no se le ve... Como abanico de oro se abren sus destellos en el cielo y reflejan aquí... Avanzan sobre las cortinas... Llegan hasta la cuna... Por ella suben... Se detienen en el rostro de mi hijo... Vienen y van sobre sus labios... Es el último beso de este día que muere. Solo queda una línea de oro... Ya nada... Todo concluyó... ¡Hay que aguardar la noche! ¡Cierra! ¡Cierra! (Irene lo hace.) ¡Ay! ¡Si á la desventura pudieran cerrársele las puertas como se cierran á la luz! (Estas gradaciones de la luz hay que hacerlas con gran precisión para que respondan á los momentos que marca el diálogo. Carmen queda junto á la cuna contemplando á su hijo. Después se dirige hacia Irene, que ha cerrado el balcón.) ¿Por qué no te vas?... ¡Mariano debe estar aguardando! Tendrá ansias de partir contigo, en la soledad del estudio, su hermoso triunfo de hoy. Ya que podéis serlo, sed felices.

IRENE ¡Dejarte! ¡No te dejo así... ¡Que me aguarde Mariano! ¡No sería digna de esa felicidad que nombras, si fuera tan egoista que te abandonara en tu pena. Aquí quiero estar aquí estaré, como no me eches tú.

CAR. ¡Echarte!... No, Irene. ¡Qué mejor compañera para mi sufrimiento! No es echarte. Es necesidad de estar sola. Julián vendrá de un instante á otro. Cuando venga, entre él y yo no ha de haber nadie. Nadie más que nuestro hijo.

IRENE Pero... (Como temerosa.)

CAR. No receles que intente nada contra mí. (Se-

ñalando á la cuna.) Soy lo único que le queda en el mundo. ¿Cómo voy á dejarle?

IRENE — Si esa es tu voluntad, adiós. (Se dirige á la cuna, da un beso al niño.)

CAR. — (Abrazándose á Irene y llorando.) ¡Adiós! (Haciendo un violento esfuerzo para separarse de Irene y enjugándose el llanto.) ¡Ea, basta de lágrimas!

IRENE — ¿Hasta luego?

CAR. — Hasta luego, sí. ¡Juana! (Entra Juana.)

JUANA — ¡Señora!

ESCENA II

CARMEN, IRENE y JUANA

CAR. — Acompaña á la señorita. (Por Irene.)

IRENE — No hace falta. (Dirigiéndose á la puerta mientras Carmen va hacia la cuna. A Juana bajo.) (A ella es á quien has de acompañar. Quédate aquí con ella.) (Sale Irene.)

ESCENA III

CARMEN y JUANA

JUANA — ¿Tiene usted algo que mandarme?

CAR. — Recoge eso. (El sombrero y los guantes que estarán encima de un mueble.) Guárdalo ahí dentro, (La alcoba.) en ese armario. (Juana lo hace. Carmen queda arrodillada junto á la cuna.)

JUANA — Ya está.

CAR. — Echa esas cortinas. (Las del balcón. Juana lo hace.)

JUANA — ¿Doy luz?

CAR. — No. No hace falta. Vete. (Vuelve á su actitud de antes. Al levantar la cabeza ve á Juana que continúa en la habitación.) ¿Aun estás ahí? ¿No oyes que te vayas? (Sale Juana.)

ESCENA IV

CARMEN. Luego JULIÁN

CAR. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡No! ¡Cerca de él, no!... Le despertarían mis sollozos. (Retrocede y se deja caer sollozando encima del diván.)

JUL. (Aparece en la puerta de la derecha.) ¿A obscuras?

CAR. ¡Julián! (Secándose los ojos.)

JUL. ¿Te dió el capricho por no encender la luz? (Jovialmente.) Si es así, continúa. Nos saludaremos en la obscuridad.

CAR. (Levantándose y dirigiéndose hacia donde está la llave de la luz eléctrica que hay sobre la máquina en un pequeño reflector con pantalla verde.) No. Es mejor la luz. Ya la tenemos. (La habitación se alumbra en forma que algunos puntos, los del fondo, queden casi en la sombra.)

ESCENA V

CARMEN y JULIÁN

JUL. Bien venida sea ella. (Se quita el gabán y el sombrero, los deja en un mueble y se dirige hacia la alcoba.)

CAR. (Cortándole el paso.) ¿Dónde vas?

JUL. Donde siempre y como de costumbre. A dar un beso al niño.

CAR. No. (Deteniéndole con el gesto.)

JUL. (Sorprendido.) ¿Qué?

CAR. Que no le beses... que no le beses... todavía... Haz cuenta que es un capricho como el de la luz.

JUL. Raro capricho en tí.

CAR. ¿Verdad?... Siempre que te olvidabas de ello, ¡cuántas veces han sido! te dije: ¡bésale! Ahora te acuerdas y me pongo enfrente de tí y te digo: No quiero que le beses.

JUL. ¿No quieres?

CAR. Antes de hacerlo has de responder á una sola pregunta.

JUL. A cien, si lo pides.

CAR. A una nada más. ¿Es cierto que te casas con otra?

JUL. (En la forma de sorpresa que el actor considere más conveniente á la situación.) ¡Cómo!... ¡Carmen!... ¿Quién se pudo atrever?... ¿Quién decirte?...

CAR. La respuesta que necesito es otra. Sí ó no. Con una sílaba me basta.

JUL. Carmen...

CAR. Dí no, y franco se halla el paso. Ahí tienes á tu hijo esperando tus besos, con una sonrisa en la boca. Si me dices «Sí», ¿cómo has de llegar á él? ¿Cómo he de dejar que le beses?... ¿Aun no hablas?... Entonces es que sí.

JUL. (Reponiéndose.) No supongas nada, mujer. No adelantes los acontecimientos. En ocasiones las cosas no son como parecen. También quiero yo que hablemos, pero en otra forma, sin la exaltación que denuncian tus ojos, sin el ofuscamiento que la sorpresa pone en mí.

CAR Pero, ¿es cierto?

JUL. No como tú lo piensas. Si existe el plan de mis padres es, no trazado por mi voluntad y mi gusto. Mis padres ven en los planes suyos, óyelo bien, suyos, míos no, seguridades, bienestares para mi porvenir. De eso á que yo preste mi conformidad, hay mucha distancia. Claro que mis padres tercos y tercos en su idea, trabajan sobre mi voluntad, sobre mis intenciones...

CAR. ¿Y tú?

JUL. Te aseguro que á nada estoy comprometido, que no respondí sí, á las pretensiones de mis padres.

CAR. (Con amor y desesperación) ¡No lo respondas, no lo respondas nunca, Julián! ¡Te lo pido por todo el amor que me juraste cuando caí en tus brazos! Por el amor que te tengo, hoy más grande, más poderoso que an-

tes; porque antes, al principio, te debí la dicha de poder acariciar como enamorada, de llamarte mío; ahora te debo más; te debo la dicha de poder acariciar como madre, el santo derecho de llamar hijo á esa criatura. ¡No, Julián, no! ¡No nos abandones!... ¡El y yo te necesitamos! ¡Nuestra vida eres tú! (Dejándose caer en el diván.)

JUL. ¿Abandonarte? Nunca he pensado en ello.

CAR. ¿Y en dejarme de querer?

JUL. Tampoco. (Sentandose junto á Carmen y cogiendo sus manos.) ¡No seas niña!... (Atrayéndola hacia sí.) ¿No estás viendo que no?

CAR. Sí; lo veo... ¡me hace falta verlo! ¿Verdad que mintieron aquellos hombres?

JUL. ¿Quiénes?

CAR. Los que dijeron allá, en la sala maldita, que ibas á unirte á otra mujer. ¡Mintieron!... ¡Mintieron! (Con pasión y grandeza.) No hay más que una verdad, la tuya, la de que tú me quieres.

JUL. Carmen...

CAR. Si no dudo, te creo. ¡No oyes que te creo! Tus padres pensarán... lo que piensen: la gente hablará por lo que tus padres hablaron. Pero tú... ¡Tú eres nuestro! (Yendo hacia la cuna.) ¿Oyes, hijo de mi alma? ¡es nuestro! ¡Es tuyo! ¡Es mío! ¡Como siempre!... (Volviendo hacia Julian.) Repítelo, Julián, con los ojos puestos sobre mis ojos. (Acercando su cara á la de él.) ¡Repítelo muchas, muchas veces!... Sólo una oí que me abandonabas; pero fué tan espantoso el golpe, tan siniestra la negrura que rodeó mi espíritu, que necesito una y otra afirmación de tu querer para que esas sombras y desesperaciones, huyan y me dejen volver á mi vivir... Porque yo estaba muerta. Te oigo, te he oído exclamar que me quieres, y me parece salgo de un sepulcro.

JUL. Te quiero. Cien veces, y cien más lo repetiría, sin mentir, porque es cierto, porque no van á borrarse en un minuto de mi corazón y de mi memoria, tantos y tantos días de caricias y de abandono y de placer.

CAR. Loca fuí dando crédito á los decires de esos hombres. ¡Olvidarle! ¡Olvidarme! ¡Como si ello fuera posible! ¡Olvidar! Ni tú ni yo podemos. Toda la historia de nuestra pasión pasa en este minuto entre nosotros. Al apretarte con mis brazos, son todas las horas, todos los segundos de dos años los que sujeto entre nosotros dos. ¿No lo sientes, Julián!... ¿No sientes esas horas y esos segundos ir del uno al otro, de corazón á corazón?... Sí, los sientes, que tu corazón va ligero... Ligero va el mío... Juntos van, como deben; confundidos en un sólo latir. ¡Eres mío! ¡Eres mío, como en nuestra primera hora de amor! (A la inspiración de la artista, sin acotaciones inútiles, queda este momento como todos los de la escena.)

JUL. Tuyo soy; y de esa manera, sabiendo que soy tuyo, es como debes escucharme...

CAR. ¡No hables!... ¡No quiero oir, quiero ver la respuesta en los ojos tuyos!... (Julián aparta los ojos de los de Carmen.) ¿Por qué los apartas?

JUL. No por negarte mi cariño. Mi cariño te pertenece... os pertenece. Sean cuales sean las circunstancias, ni él ni yo os hemos de faltar.

CAR. ¿Las circunstancias?

JUL. Hablo de mis padres; de ese plan suyo que me contraría; de su obstinación, que me desespera; de mi porvenir, que al fin y á la postre, es el vuestro. Mis padres, cuya fortuna es más apariencia que realidad... (Se detiene

CAR. ¿A qué te detienes?... Tú, tan fácil de palabra, ¿no las encuentras? ¿Tan ruin es lo que anda por tu pensamiento, que á tí propio te da vergüenza oirlo?

JUL. ¡No te exaltes!... Te suplico que no te exaltes. Por miedo á tus exaltaciones dejé correr el tiempo sin atreverme á abordar francamente lo que tu pregunta hace improrrogable. Te ruego que me escuches con calma. ¿No tienes confianza en mí?

CAR. Hace un momento la tenía.

JUL. Por desgracia la vida no es solamente amor.

CAR. Dolor es también; y también puede ser toda odio.

JUL. Ante todo es necesidad, urgencia de vivir, de ganar puesto en ella y de sostener el puesto una vez conseguido. ¿Me comprendes?

CAR. Temo que sí.

JUL. Mi vida, en el sentido de la lucha, empieza hoy; para emprender la lucha, para llegar al éxito sin obstáculos que podrían derribarme antes de conseguirlo, precisa una base, un punto de apoyo, sólidamente firme. De ahí que mis padres pensaran en la boda... De ahí su empeño en que se realice. Pero ni ello es amor, ni con el nuestro se relaciona. ¿Qué le importan á nuestro amor estas exigencias, estas necesarias fatalidades del vivir? Tú y yo estamos aparte. Demos á la realidad lo suyo y...

CAR. (Levantándose y tapándole la boca.) ¡Calla! Piensa la infamia, ya que tu pensamiento fué capaz de parirla; pero ten el pudor del silencio y no tengas el atrevimiento de ofrecerme la complicidad. ¡Oh, Dios mío!... ¡Conque era verdad! ¡Conque aquellos hombres no mintieron!... ¡Y este hombre no se contenta con traicionarme!... ¡Quiere más y me propone envilecerme!

JUL. Pero escúchame... ¡óyeme! (Acercándose á ella y queriendo coger una de sus manos.)

CAR. ¡No me toques!... (Se aparta al ángulo opuesto á donde está Julian.) Esto es hecho. El amor tuyo lo perdí. El amor digno de ese nombre. ¡El amor! Amor no hay más que uno. El que yo sentía por tí, el que de tí esperaba. (Pausa.) Para tí acabó la mujer. Echemos la mujer á un lado... ¿Qué vas á hacer de mi hijo?

JUL. De nuestro hijo...

CAR. Del mío. Ahora no es más que mío. Cuando hables veremos si es que puedes llamarle tuyo.

JUL. De continuar tus arrebatos; de empeñarte en no comprender, en poner insultos donde tienen sitio las razones, será mejor que por

el momento nos separemos, y hablemos después, cuando tú locura te permita reflexionar y tu reflexión discurrir. (Se dirige al mueble donde están el gabán y el sombrero.)

CAR. (Deteniéndole.) ¿Irte? ¿No oyes que es la madre quien habla, que no es la mujer?... A la mujer puedes abandonarla, despreciarla, sin darle siquiera explicación. Entre mujer y hombre cuando por una parte ó por otra el amor concluye, ha concluído todo. No volverás á oir recriminaciones y quejas de la mujer á quien abandonas. Me entregué á tí por mi voluntad. Por la tuya me dejas. Igual pude dejarte yo. El hombre y la mujer estamos en paz. Pero *eso* (Señalando la cuna.) no llegó á nosotros por su voluntad; *eso* no nos escogió libremente; *eso* no puede abandonarse. ¿Qué vas á hacer de mi hijo?

JUL. ¿Qué voy á hacer? Quererle, protegerle...

CAR. ¡Palabras! Eso son palabras. Hacen falta hechos.

JUL. ¿Hechos?

CAR. Comprenderás que habiéndote oído antes, no voy á fiarme de tus palabras de ahora. Ayuda, protección... ¿Eso ofreces?

JUL. Sí.

CAR. Cúmplelo.

JUL. ¿Cumplirlo?

CAR. Sí: maneras mil tienes de ello. Una hay que borraría todas mis dudas, y que tal vez alcanzaría todos mis perdones.

JUL. ¿Cuál?

CAR. Dar al niño tu nombre.

JUL. ¿Mi nombre?

CAR. ¿Te niegas?...

JUL. No me niego. Cuando le haga falta el nombre de su padre lo tendrá.

CAR. Más adelante, ¿eh?

JUL. ¿Por qué no?

CAR. Porque mientes en esto lo mismo que has mentido en lo otro. Porque tú, sólo atento á tu egoísmo y á la fortuna que ambicionas, no temes pisotear el porvenir de tu hijo y dejarlo solo, perdido, sin más amparo que el

de Dios, ni más nombre que el que deshonraste haciendo tuya á esta mujer.

JUL. (Con ira.) ¡Carmen!

CAR. Eso intentas. Porque tú, si como amante eres un desleal, como padre de esa criatura eres un miserable.

JUL. ¡Es ya demasiado sufrir! Ni el haber sido lo que fuiste, ni el que haya una criatura entre los dos, te autoriza á tanto. Por mi hijo y por tí haré cuanto pueda, cuanto en mi caso hacen otros hombres, cuanto él y tú podéis, no exigir, suplicar. Si llevas tu locura al extremo de suponer que mi vida va á girar esclava en torno de la tuya, te engañas. Mujer eres; por serlo, puedes insultarme sin que te responda. Hasta ahí llego, no esperes que tenga la paciencia de seguir oyendo los insultos. (Cogiendo el gabán de encima del mueble.)

CAR. ¡No, Julián! ¡No te vayas! No habrá más insultos en mí. ¡Insultos! ¡Imposiciones! ¡Yo no puedo insultar! ¡No puedo imponerme! Sólo puedo suplicar... llorar... ¡por él!... Por él suplico, por él lloro y pisoteo ante mi amor de madre, mi orgullo de mujer... No abandones á nuestro hijo, Julián; con las manos en cruz y con el alma deshecha en sollozos te lo pido.

JUL ¿Pero qué más pides? ¿No oyes que mi apoyo no le faltará nunca? Repito que á tí tampoco ha de faltarte.

CAR ¡Qué pido!... Tu nombre para él. La protección, el apoyo moral que el oro no compra ni regala. ¡Es el hijo tuyo, Julián! No será horrible que el hijo tuyo tenga que bajar los ojos mañana y no se atreva á responder cuando le pregunten: ¿quién eres tú? ¿Quién era tu padre? ¿No será espantoso que le digan «¡Vete!» «No eres á nosotros igual. De los dos seres que dignifican con sus nombres la existencia del hijo, uno te falta por desconocido ó por negado...» Ve que son heridas incurables las que tales frases producen. ¿No piensas que un día nuestro hijo

puede amar y ser el nombre que le niegas, la negativa de ese nombre, muerte de su amor y perdición de su conciencia? ¡No lo hagas! ¿Qué daño te ha causado para que lo mates moralmente?

JUL. He de repetirte otra vez que cuando precise mi nombre lo tendrá. (Impaciente y nervioso.)

CAR. Si piensas dárselo, ¿por qué no de seguida? ¡Ah!... ¿Seré yo? ¿Será temor en tí de que yo, escudada con mi hijo y con el nombre que le des, sea obstáculo y escándalo de tu existencia? ¡Poco me conoces! ¡No importa! Oféndeme más. Cree eso de mí. ¡No me quejo!... Si eso es, pronta me hallo á que el temor tuyo se disipe. Renunciaré al niño. (Se dirige á la cuna.) Ahí lo tienes. Llévatelo. Te juro que no le veré más. ¿Que es horrible? Lo sé. ¡Figúrate si lo sabré! Para mí peor que la muerte. No le hace, renuncio á él. A cambio del nombre tuyo, te lo doy.

JUL. ¿Separarte de él?

CAR. ¡Separarme! Que me separes de él, que lo apartes para siempre de mí. ¡Eso te pido yo, y te lo pido de rodillas!... ¡Una madre pidiendo de rodillas, arrastrándose como si implorara su felicidad, que le quiten á su hijo!... ¿Verdad que parece locura? Y locura es. Solo que es locura de amor santo, locura de madre que hasta las entrañas sabe arrancarse por el hijo.

JUL. Ni lo puedo, ni lo debo hacer. Siga al lado tuyo. Ni os abandono, ni os retiro mi apoyo. Piensa en ello y mañana más tranquilos podemos resolver.

CAR. ¡Ah! ¿sí? ¿Conque todo es inútil? ¿Conque una promesa hecha por tu embustera boca ha de bastarnos á él y á mí?... ¿Conque mi hijo va á quedar perdido, sin nombre, mientras los hijos de la otra, ¡de la otra! gozarán de tus riquezas y de tu nombre y de tu amor?... ¡Ah, no!... ¡No!... ¡Te juro que no, infame!

JUL. ¿Vuelta á los insultos? (Coge el gabán y el sombrero.) Adiós.

CAR. ¿Adiós?

JUL. ¿No lo ves? (Vuelve la espalda á Carmen y se dirige á la puerta.)

CAR. ¡Todo!... ¡Todo acabó!... ¡Todo concluyó para mi hijo!... (Apoyándose para no caer en la máquina. Al hacerlo empuja el rebujo de tela y deja al descubierto las tijeras.) ¡Ah!... (Por sus ojos y por su gesto ha de pasar con rapidez de rayo la idea del crimen.) ¡Que acabe para tí! (Se dirige hacia Julián que llega al fondo.)

JUL. ¡Qué! (Carmen le hunde las tijeras en el pecho.) ¡Carmen! (Cae muerto.)

CAR. (Arroja las tijeras al suelo con espanto.) ¿Qué hice yo? (Estupefacta. Con energía.) ¡Lo que debía hice! (Dirigiéndose á la cuna del niño.) Vale más que no tengas padre que tengas ese. ¡Hijo! (Inclinándose sobre la cuna.) ¡Despierta!... Sus ojos van á abrirse. (Corriendo las cortinas.) ¡No! ¡Verle, no! ¡No quiero que lo vea! (Queda de espaldas á la cuna sujetando las cortinas y fijos los ojos en el cadáver de Julián.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.
Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.
La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.
El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.
Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.
Marinera, monólogo en un acto y en prosa
Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.
El crimen de ayer, drama en tres actos y en prosa.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.

Precio: DOS pesetas